

LA LIGA TENSA

NADIA LARTIGUE ZASLAVSKY

————→ **Sobre el tiempo
y la manifestación**

**SE ME HACE
QUE AHÍ
VIENE
LA CRECIENTE**

Se me hace que ahí viene la creciente

INTRODUCCIÓN

9 TEMPORALIDADES

- De unas cuantas horas a muchos días
- El fuego y la noche
- La aceleración al interior de la masa
- Antelación a la sublevación
- Inundaciones
- Descripción desencajada de una manifestación entre 1991 y 2030
- Momentos propicios, detonantes y deserciones... y las olas

INTERLUDIO 5 INSTANTES

33 PASADOS MIRAR HACIA ATRÁS

- Reviviendo la memoria histórica.
Espectros del 68. Cada quien su Bella Ciao
- Hay técnicas de lucha que se heredan
- Memoria sin nostalgia
- Paciencia
- Subsuelo
- Transmortalidades. Transmanifestaciones

46 ESCUCHAR LA MANIFESTACIÓN COMO A UN RÍO

CONSIGNAS DEL TIEMPO





Está anocheciendo, el espacio muta, las emociones de la ciudad se intensifican. En medio de la masa, el ambiente cobra otra densidad: los cuerpos se agrupan con cuidado y las consignas reverberan distinto. Algunas cosas se hacen más sutiles, se esconden o matizan, mientras que otras surgen como sombras que salen de las esquinas, de las alcantarillas, de las memorias. Es 22 de octubre del 2014. Marchamos por los 43 estudiantes desaparecidos de la normal rural de Ayotzinapa a las 6 de la tarde en la Ciudad de México, con la invitación explícita de llevar veladoras. El día empieza a caer y algunas candelitas aparecen entre las masas, me hago a un lado para ver pasar a un contingente de mujeres estudiantes de una Escuela Normal Rural de Aguascalientes que caminan en una formación lineal estricta, y el ritmo ralentizado de sus consignas combinado con esa luz crepuscular me genera una enorme tristeza mezclada con fuerza, que me reafirma que es el único lugar en el que debo estar en este momento. Esa experiencia estética me revela por primera vez la fuerza de movilización que provoca algo tan simple como ralentizar una consigna. Había notado en el resto de los contingentes de las rurales un grito-llanto parecido, pero ese grupo de mujeres con voces ligeramente más agudas me lo avienta a la cara y me remueve el intestino. Como si la distorsión del ritmo de una consigna que he escuchado toda la vida, le devolviera de pronto toda la potencia que yo ya creía desgastada o perdida. Y en ese momento empezamos a hacernos preguntas sobre el desgaste, sobre lo que creíamos ya inútil u obsoleto. Y que al volver a mirar con otros ojos recobra sentido y toda su vigencia pero, sobre todo, recupera su posibilidad de transformación que, en ese momento, no estábamos alcanzando a ver.

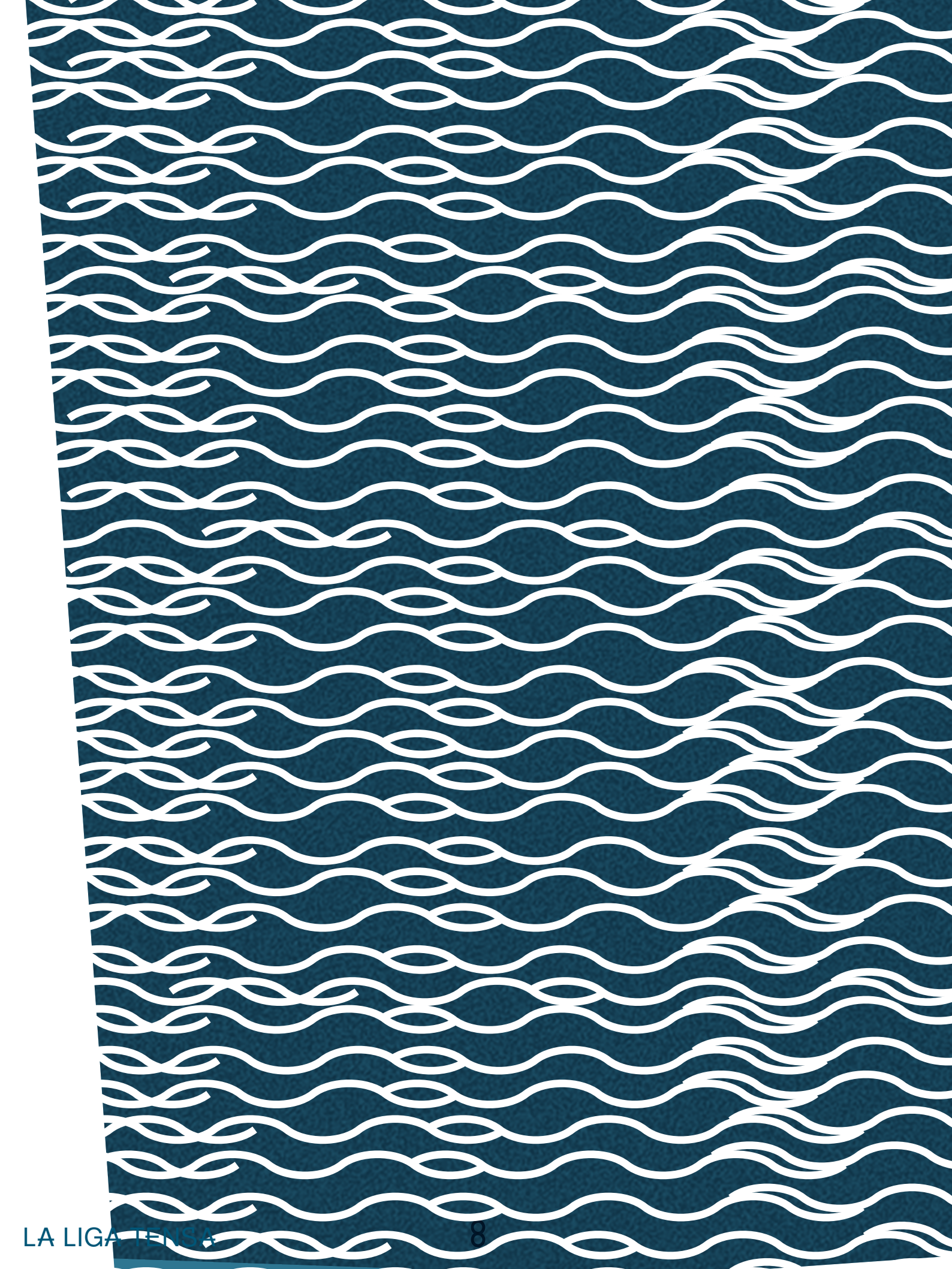
Hay momentos en que la calle nos lanza un llamado muy claro a hacernos cargo, a comunicarnos entre muchos y reclamar lo indispensable. Existe la posibilidad de no hacer nada y resignarse a que así es la vida y que eso que duele o lastima ya pasará, pero en cuanto los cuerpos se encuentran, las emociones se comparten y las ideas se ponen sobre la misma mesa, aparece una urgencia de organización sanadora, reivindicativa y transformadora que necesita encontrar un cauce callejero para resonar.

La manifestación es una interrupción. El flujo espacio-temporal de una zona se ve modificada por la acción de una o varias personas que ejercen su derecho político. Se interrumpe una calle, una plaza, una fábrica, las personas habitan ese espacio ejerciendo una presencia anormal; sus cuerpos irrumpen de una manera no cotidiana, pero sí específica. Más allá de que fluyan o se planten, esas personas están dejando de hacer lo que harían, están dejando de moverse como se moverían. Se movilizan personas, para que la estructura urbana se frene. Se movilizan grupos policiales, se cierran calles para que los autos no pasen, se cierran tiendas y vitrinas que pudieran quedar en medio del recorrido, se activan alertas de los distintos grupos involucrados: tanto de aquellas personas que se manifestarán, como del gobierno o grupo político contra el cual vaya dirigida la protesta. Todo eso que se mueve, también interrumpe. Cada sitio tiene sus lógicas rítmicas, sus velocidades y sus flujos. Y en una ciudad en la que la concentración de personas suele ser mayor a la de una zona rural, algo que afecta profundamente a su funcionamiento es que el intercambio de personas, de mercancías, de coches y de camiones se vea entorpecido. Hemos experimentado esa interrupción en distintos contextos, con sus toques de queda, sus alertas sísmicas, sus pandemias, pero la fuerza que esto cobra cuando quien la ejerce es un grupo de ciudadanos que protestan, es totalmente distinta. Salir a la calle y encontrarse produce un tiempo de la gente, detona preguntas y dispara imaginarios sobre cuál es esa otra forma de vivir de la que hablamos, cuál es ese cambio radical que estamos deseando.

Este texto analiza la(s) manifestación(es) desde la perspectiva del tiempo. El tiempo que la(s) contiene, y el que la(s) atraviesa. En un contexto principalmente urbano, como es el caso de los ejemplos que aparecerán aquí, la aceleración y el paro se acentúan, y generalmente indican cosas distintas. Después de ubicar de manera muy concreta algunos tipos de manifestación trataremos de mirar sus características duracionales, sus presentes, lo que las antecede o las desborda, para intentar entonces, hacer un análisis sincrónico del suceso. Lo sincrónico como un corte en medio de una manifestación, una pausa imaginaria que nos permite ver todos los ritmos que suceden al mismo tiempo y, posiblemente, percibir esa diversidad de voces, de energías, de deseos, incluso de causas, que ahí convergen. Enseguida nos adentraremos en un análisis diacrónico para entender el acontecimiento. Lo diacrónico como estrategia para situar una situación política específica, la historia de un movimiento, una sucesión de eventos. En este sentido, el foco está puesto en los movimientos, más que en la interrupción. Apoyándonos siempre en un tendedero de situaciones específicas, procuraremos volver constantemente al cuerpo que percibe para nombrar el instante. El cuerpo individual y el cuerpo colectivo. ¿Cuánto tiempo transcurrió? y ¿cuánto tiempo sentimos que transcurría? Y además de ese tiempo presente en el cual se acciona y suceden las cosas, ¿cómo podemos pensar los tiempos

pasados que precedieron nuestras luchas y cómo imaginamos que se darán las luchas por venir? ¿Cómo aprendimos a marchar? Pudo ser en los hombros de nuestra madre, quien nos hacía sostener un cartelito en su nombre, o pudo ser en un momento clave de nuestra vida estudiantil en el que el ejemplo de los compañeros más populares marcó nuestras formas de salir a la calle. Y éstos, a su vez, seguramente aprendieron de las formas de otro grupo de estudiantes o familiares. O tal vez fue mucho más tarde. Pero mucho lo aprendimos de alguien que ya lo había hecho antes, y nos regaló cantos y herramientas que imitar y replicar. Y esas herramientas y esos cantos se van a transformar, algunas dejarán de existir para dejarles el lugar a otras, más acordes con los tiempos que vienen. Las estrategias que nos dejaron los muertos siguen reverberando, en ocasiones resquebrajan la tierra para resurgir. Y cada vez que revisamos aquello que se hizo antes, mucho antes, tomamos distancia para proponer otra cosa o, en dado caso, para insistir en lo que aún no ha sido escuchado y requerirá cientos de años más.

La manifestación es el espacio de visibilidad de los movimientos. Y las calles de la ciudad, el marco en el que se llevan a cabo esas batallas. “Es un texto que se concibe, pero se escribe en el momento de practicarla”, dice Sergio Tamayo. América Latina lo ha vivido con muchísima efervescencia en su historia moderna y, sobre todo, desde la época de las dictaduras. Hacer un *zoom out* y tratar de entender las maneras de accionar, también nos ayuda a ver todo eso que un movimiento tiene en común con otro, y que si lo miramos desde la perspectiva del ritmo podría arrojar claves que no sólo están determinadas por las identidades políticas de los movimientos. Mirarlas desde el ritmo tiene algo de simple, algo de reconocible para nuestros cuerpos, y puede abrir algunas ventanas para sentir que eso que sucede está también compuesto por elementos de goce cercanos al baile. Mucho de lo que ahí vivimos está contaminado por lo que viven otros cuerpos y las ondas que éstos producen.



TEMPORALIDADES

“El ritmo es originalmente un ritmo de los pies. Todo hombre camina, y como camina sobre dos piernas y con sus pies golpea alternadamente sobre el suelo, ya que sólo avanza si cada vez vuelve a golpear, se produce sea o no su intención, un ruido rítmico. Los pies nunca pisan con la misma intensidad. La diferencia entre ellos puede ser mayor o menor, según la disposición personal o el ánimo de cada cual. Pero uno también puede marchar más aprisa o más despacio, uno puede correr, detenerse de golpe o saltar.”
Elías Canetti en *Masa y poder*

De unas cuantas horas, a muchos días

¿Qué manifestación implica qué duración?, ¿qué causas producen qué marchas? Y, por lo tanto, ¿qué tiempos? No puede durar lo mismo una marcha espontánea que una marcha institucionalizada; un plantón, que una huelga de hambre; una inmolación, que la toma de un edificio. O, en todo caso, no tendrían el mismo efecto. Cada manifestación es una cosa viva que produce una temporalidad, se la puede medir de forma concreta desde la lógica de una línea de tiempo: el tiempo en que interactúan los cuerpos en un espacio específico, como si se utilizaran herramientas de medición que posibilitaran un estudio preciso del uso del espacio público.

Se me hace que ahí viene la creciente



UNA MANIFESTACION MASIVA

Pensemos en aquellas que son largas, en el espacio y en el tiempo; una manifestación que recorre muchos kilómetros, generalmente implica cierta preparación previa, haber comido bien, llevar calzado cómodo y saber que se va a caminar mucho rato. Caminar de los Pinos al Zócalo de la Ciudad de México, implica recorrer unos 7.5 kilómetros; o el clásico “del Ángel al Zócalo”, aproximadamente unos 4 km. De Viña Del Mar al Congreso Nacional en Valparaíso, Chile, el 27 de octubre del 2019, la gente caminó aproximadamente unos 8 km. De la Universidad de la República del Uruguay al Palacio Legislativo, que para las dimensiones montevideanas es una marcha larga, se caminan 2 kilómetros. Para este tipo de marchas, se caminan varias horas, tal vez toda una tarde o todo un día. Se va preparade. Muchas veces, las marchas largas son multitudinarias (es más fácil sostener el tiempo entre muchos y protegerse entre varios). Una mega-marcha o manifestación masiva requiere de un tiempo suficientemente largo para lograr concentrar a las personas en un punto, desplazarse a otro, y presenciar un posible acto, mitin o lectura; y, luego, implica un tiempo extra para dispersarse.



UN PLANTÓN

Un plantón (al que muchas veces se recurre cuando la lucha es difícil de ganar) suele durar días, a veces incluso semanas o meses. Dentro de un espacio se genera otro espacio. En 2013, en el Zócalo de la Ciudad de México, se instalaron de manera indefinida diversas secciones afiliadas a la CNTE (Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación), organizadas en torno a un movimiento magisterial en contra de la Reforma Educativa; éste duró aproximadamente cuatro meses, después de los cuales los maestros fueron desalojados violentamente por policías de la ciudad (luego se volverían a instalar frente al Monumento a la Revolución por 24 meses más). En estos casos, se moviliza a muchas personas, se forman comisiones de todo el país y toda una infraestructura que implica la resistencia (material de cocina, abastos, carpas, lonas, colchones...). Las personas se turnan, pero la manifestación permanece. El gesto de permanecer se contrapone al hecho del avanzar de la marcha. No es ir de un punto a otro, no es generar cambios para el futuro. Es un estamos aquí, estamos en la mierda ahora. Es un reconocimiento del cuerpo muy distinto al de la marcha. Un plantón construye hacia el interior mismo de la masa. Y al retirarse el plantón, el espacio vuelve a ser el de antes, pero la gente no.



UNA HUELGA DE HAMBRE

La temporalidad es intrínseca a cada forma de manifestarse, y una huelga de hambre no puede durar unas horas; sólo tiene sentido y produce algún efecto, si dura varios días, a veces demasiados. No tendría ninguna efectividad mediática si no fuera porque el cuerpo demuestra su desgaste, su flacura, su palidez y deshidratación; y eso toma tiempo: de hecho, una huelga de hambre es poner al tiempo del cuerpo al límite. Al tiempo lo determina el cuerpo.

Se me hace que ahí viene la creciente

UN CACEROLAZO

Un cacerolazo (caceroleo o cacerolada) se piensa por un tiempo determinado, empieza con bastante exactitud y termina poco tiempo después. Aquí resulta muy importante la hora de arranque, ya que se busca que durante algún tiempo determinado, todas las cazuelas de la ciudad resuenen al mismo tiempo. Se busca que el ruido llegue a ser un estruendo polirrítmico aunque los cuerpos no estén necesariamente concentrados en un mismo sitio, sino conectados a través del sonido. En América Latina, esta forma de protesta se asocia inicialmente a las manifestaciones contra Allende y el gobierno de la Unidad Popular en Chile, pero durante las dictaduras fue apropiada por sectores populares de izquierda, como una manera de evitar la represión en las calles. Hoy esta cita de estruendos es alternadamente utilizada por las derechas y las izquierdas y se ha seguido transformado en boicots al consumo, apagones masivos, boicinzos, y otras citas cuya temporalidad está enmarcada con una hora precisa de inicio y final.

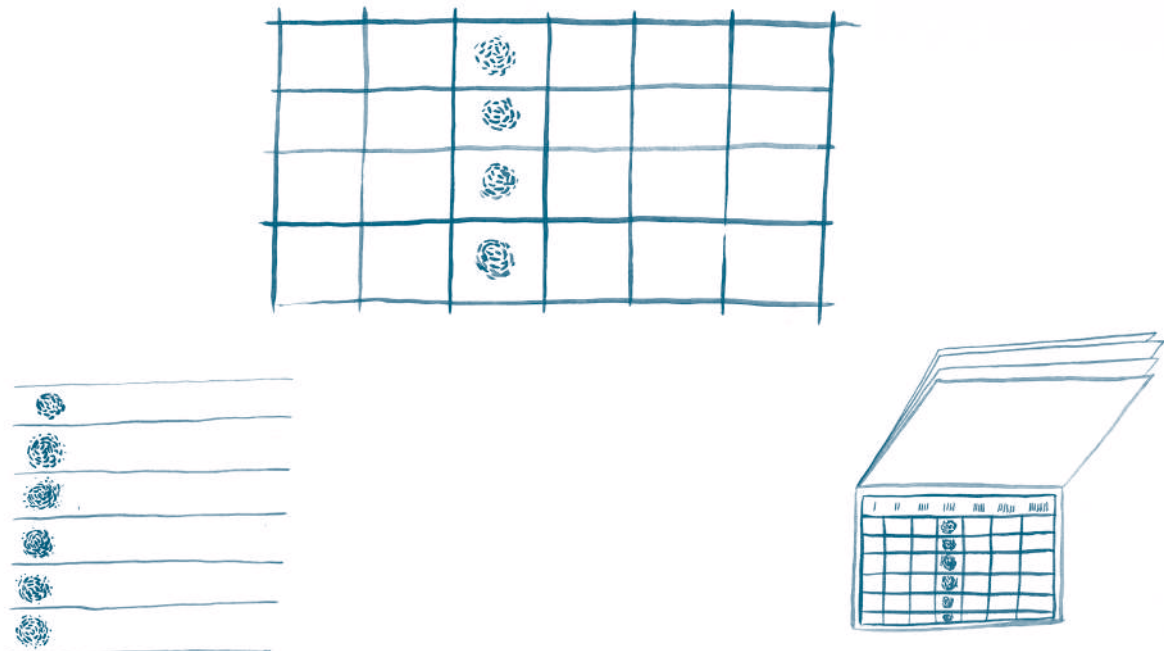


MANIFESTACIONES RELÁMPAGO

Luego hay otras mucho más cortas, como las manifestaciones relámpago. Éstas, en muchos casos, son dispositivos de manifestación preexistentes, cuya función es no dejar pasar un evento o tragedia: una vez más, aquello sucedió y hay que demostrarlo, hay que marcar esa fecha. En el caso de las manifestaciones uruguayas del SUNCA (Sindicato Único Nacional de la Construcción y Anexos) contra los accidentes laborales, se sabe que, si algún trabajador muere por accidente laboral, al día siguiente todas las obras en construcción de la ciudad se paralizarán entre la 9 y las 13 horas. Se aprovecha ese momento para repartir folletos e informar de lo sucedido. En este tipo de manifestaciones el factor repetición es fundamental. Relámpago, son también aquellas movilizaciones en lugares de alto riesgo; la manifestación, panfleteo o pinta tiene que ser veloz y disolverse antes de que llegue un cuerpo represor a detener, golpear o disparar a los accionantes.

MANIFESTACIONES REPETICIÓN

Otro caso de manifestaciones repetición, aquellas cuya mayor potencia es la insistencia, es el caso de las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo que desde el 30 de abril de 1977, marchan cada jueves a las tres y media de la tarde, alrededor de la Pirámide de Mayo, situada frente a la casa de gobierno en Buenos Aires. Esa marcha fue detonada por la prohibición de concentrarse en la plaza, por lo que empezaron a caminar ante el hostigamiento de la policía; esto les permitía ir conociendo los casos de otras madres en busca de sus hijos desaparecidos en el periodo de dictadura argentina, mientras articulaban sus peticiones a las autoridades. Hasta septiembre de 2021 acumulaban más de 2200 marchas, y han encontrado a 130 nietas secuestradas durante ese periodo. Algo similar sucede con las alertas feministas, manifestaciones bastante ágiles que se convocan cada vez que sucede un feminicidio en Uruguay. Su importancia reside también en la insistencia, en no dejar de marcar el caso cada vez que una mujer es asesinada. La convocatoria puede en estos casos no ser tan amplia, pero la reunión de un grupo de personas es fundamental hacia el interior del grupo. Las alertas feministas en Uruguay tienen una estructura que se repite cada vez: un grupo de personas se reúne en una plaza, reparte volantes, camina hacia otro punto, ahí declama una lista de mujeres asesinadas, lee un texto en voz alta y lleva a cabo el Abrazo Caracol, en el que mujeres corren en espiral hasta llegar al centro cantando “Somos las nietas de todas las brujas que nunca pudieron quemar”, y terminan en un grito colectivo de “¡Todas juntas! ¡Todas libres!”.



LA REPETICIÓN DE UNA MANIFESTACIÓN PUEDE DAR PIE A UN MOVIMIENTO, ALGO MUCHAS VECES MÁS DURADERO QUE UNA MOVILIZACIÓN AISLADA.

El fuego y la noche

Me gusta marchar de tarde, porque el sol es más amable y los colores cobran brillo (ideal para una cobertura fotográfica más dramática). En las marchas con sol de mediodía, caluroso y cenital, la luz es más dura. Hay algo con la luz y su manera de afectar la emocionalidad de una manifestación. Hay algo, también, con el día de la semana en que sucede. No es lo mismo dejar de ir a trabajar por ir a marchar, que marchar en domingo cuando no se trabaja. Se camina con otras personas, y los cuerpos se sienten distintos.

Al terminar la manifestación, disfruto juntarme con cómplices a tomar una cerveza y hablar de lo que percibimos. Comentamos la temperatura del ambiente, la asistencia, analizamos y revivimos lo que acaba de acontecer, medio cansados y satisfechos. Es casi impensable hacer algo más, distinto, personal o laboral, después de una jornada de movilización; la cantidad de información y las emociones se siguen desbordando por varias horas, y cierto agotamiento indica que no cabe nada más. El tiempo que acaba de pasar es tan intenso que una hora se siente como diez. Caminar con una luz crepuscular genera muchas sensaciones, y el caer de la noche se vuelve muy denso. El fuego se hace más bello: la noche es potencia y peligro. No es casualidad que cuando un gobierno militarista le teme al aumento de movilizaciones en una ciudad, decide instaurar toques de queda a la caída del sol, como en las zonas de guerra oficialmente declaradas. La noche es el momento en que se encienden las velas o las barricadas. La noche genera confusión en el enfrentamiento. Es también la noche de Tlatelolco la que permitió la tragedia en la que reflectores enormes deslumbrarían a las masas para ametrallarlas confundidas como conejos lampareados. La noche y el fuego son compañeros, y las cosas pueden virar hacia un lado o hacia el otro.

La aceleración al interior de la masa

Cuando las cosas se salen del marco previsto, la masa puede entrar en un engranaje de aceleraciones descontroladas, y provocar incluso una situación de pánico. Por un lado el pánico produce caos. La escucha entra en conflicto con la cantidad de información que circula, los grupos no necesariamente encuentran sinergia (como la que una manada de animales pudiera sugerir en un descampado), las individualidades se estorban y tienden a confundirse: el ruido le gana a la organización. En un espacio urbano determinado por una lógica urbanística específica, angulosa y acotada, los cuerpos se mueven de manera siempre restringida y ritmada por una geometría. Dicho orden espacial está, en la mayoría de los casos, ritmado por una vigilancia estatal. Esto es propicio para la acción represora de los estados policiales, que están entrenados para actuar sorpresiva y fugazmente en terrenos que éstos

pueden controlar. En la mayoría de los casos, cuando la situación para pegar está dada, los acuerdos de contención —de quién sabe qué cumbre internacional de derechos humanos— se van a la mierda.

Pero, por otro lado, el pánico es a veces lo único que puede salvarnos del incendio. Nuestro estado emocional también aumenta la capacidad de reacción al desencadenarse un proceso químico de adrenalina. Si las adrenalinas se coordinan, nos salvamos todes. Cuando el fuego avanza rápido, no hay tiempo para una asamblea en la que se decidirá cómo nos vamos a retirar, ni evaluar si estamos de acuerdo en los cómo. Implica otro tipo de inteligencia (que puede ser o no fruto de la experiencia). Lo bonito aquí sería encontrar un nivel tal de conexión que, con sólo mirarnos y escucharnos, nos haría saber cómo correr, hacia dónde, a quién ayudar y en dónde resguardarnos.

Nosotros decimos: el miedo no disminuye el riesgo. Hay que entrenar.

Antelación a la sublevación

Si una causa es urgente o repentina, la convocatoria suele ser ágil. Tal es el caso de las fogosas sublevaciones conocidas como disturbios (como los *riots* de los suburbios de Londres en 2011, o *The 1992 Los Angeles Uprising*, o *les émeutes* en los suburbios de París en 2005). En estos casos, el enojo es un factor importante para la explosión, y esa emocionalidad hace que no necesariamente se sepa a dónde se dirigen, ni cuánto durarán. Se encienden en un momento, pero no necesariamente tienen cauces claros o definidos, sin embargo, suelen ser reprimidas por la policía con el argumento de la contención de la violencia, por lo que a veces se apagan de golpe, a golpes. No es éste el caso de las manifestaciones más institucionalizadas o de carácter conmemorativo, que suelen estar planeadas con mucha antelación y organizarse durante meses. La Marcha de la Gorra en Córdoba, Argentina, lleva haciéndose 14 años consecutivos. Esta marcha es la respuesta a una constante criminalización de los jóvenes de las periferias, quienes difícilmente pueden entrar al centro de la ciudad sin ser arrestados o amedrentados por la policía. Lo que exige la marcha (la libre circulación de los cuerpos de los pibes por la ciudad) es lo que de hecho hace, por lo menos una vez al año. Desde hace algunos años, los equipos coordinadores de la marcha empiezan sus reuniones desde seis meses antes; y tres meses antes, organizan actividades públicas para que la ciudadanía se vaya involucrando. Esa marcha empezó con 30 personas en 2007, hoy marchan cada año, por las calles del centro de Córdoba, más de 30 mil personas.

Otras movilizaciones tienen tiempos más difusos, y su forma de convocatoria puede depender de una coyuntura política: no será la misma para una manifestación un año antes de votar la ley que el día justo antes de hacerlo. En cualquier caso, la manifestación empieza antes de la manifestación.

La convocatoria se produce en condiciones políticas específicas, se vuelven a hacer visibles los puntos de tensión por los que las demandas son vigentes o urgentes. En el caso de marchas planeadas desde mucho antes, el proceso de definición de las demandas, las asambleas previstas, las juntas entre colectivos (como la Marcha de la Gorra cordobesa), cobran una importancia enorme. Son espacios que a través de la organización de sus espacios hacen política, y se toman el tiempo. Son por lo tanto espacios que hacen más difícil que un movimiento se disuelva de un día al otro, fortalecen alianzas, profundizan relaciones, son, en palabras de Verónica Gago, “la cocina del paro” –refiriéndose a la huelga feminista. Producen lazos entre movimientos heterogéneos. **La preparación es formativa, cumple una función pedagógica, replantea realidades y constituye un ejercicio sobre lo concreto.** Son espacios de creación en los que personas con distintos niveles de experiencia de la calle se ejercitan a imaginar panoramas, inventar consignas, actos, bailes, estrategias. Se piensan los títulos posibles, o la frase clave para convocar a la gente. Se pinta juntas, se elaboran carteles, se planean vestuarios. Se comparten los rumores, se evalúan los peligros. Se construye la confianza y se habilitan canales de comunicación para facilitar la protección de los distintos grupos involucrados. Gago propone la fórmula de «realismo de asamblea», en donde el entusiasmo y la sensación de colectividad se fortalecen, pero también en donde se entrena «una máquina de percepción-evaluación que se hace cargo también de los límites de las posibilidades existentes».

Inundaciones

Las redes sociales representan otro dispositivo que alarga la duración de una manifestación. Desde la convocatoria *pre* al testimonio *post*, la manifestación dura más allá del encuentro callejero. Cuando les manifestantes vuelven a casa, comienza la circulación de fotos y videos de lo que aconteció. *Repostear* y compartir aquello que sucedió puede durar varias horas más, e incluso días o hasta semanas. Esa actividad también rebasa el espacio físico, el espacio se expande del interior de la manifestación, a través de celulares hacia la casa de algún seguidor que aunque no estuvo ahí en carne propia, se encarga de difundir el suceso a sus redes de contactos, dentro y fuera de su país de origen. Son formas de involucrarse prácticamente en tiempo real con el acontecimiento, aunque las emociones no sean las mismas al interior de la masa que cuando se la sigue por alguna red social; las transmisiones en vivo inundan las redes y se vuelven clave para las personas con capacidades de movilidad reducidas o para quienes no alcanzaron a llegar. Quienes así las siguen, adhieran o no a esa causa, pueden estar mirando la marcha desde muchas perspectivas a la vez, cosa imposible de lograr cuando se está dentro. Si bien una de las funciones de esta actividad política en redes puede ser la de contrarrestar las noticias casi siempre

tendenciosas de la prensa oficial, otra puede ser alargar el grito, seguir testificando, adhiriendo o rechazando las acciones. Son maneras de desbordarse del tiempo y del espacio de la manifestación. Rossana Reguillo habla de la construcción de nuevas formas de subjetividad, de otras formas de presencia. Se hacen entonces presentes las distintas capas de espacialidad y temporalidad que acompañan un acontecimiento. Esta otra narrativa que fluye entre los ríos de las redes, permite independizarse de los tiempos dictados por los medios hegemónicos.

Es algo básico decir que el internet ha modificado los tiempos de la acción política, sin embargo sigue siendo pertinente intentar entender la rapidez de esas evoluciones en su relación con lo que sucede en los espacios físicos públicos. Las acciones surgen a veces como *pop-up's* que en muy poco tiempo pueden llegar a convocar a miles y miles de personas. El caso de las primeras movilizaciones tunecinas en diciembre del 2010 (a raíz de la inmolación del vendedor ambulante Mohamed Bouazizi) es quizá uno de los primeros que sorprendió al mundo y demostró la potencia de las redes y su capacidad de comunicación instantánea; era una nueva estrategia de agrietamiento en países oprimidos por un capitalismo que no dejaba de degradar las mínimas condiciones para una vida digna. A partir de ese momento, hubo una suerte de contagio en los países árabes. A su vez, ese periodo de ocupaciones de las plazas fue de mucho aprendizaje sobre las ventajas y desventajas de estos nuevos medios de comunicación. La lógica de oleadas, ha seguido sucediendo en los últimos años y en distintas regiones; en América Latina, por ejemplo vemos cómo se contagiaron y replicaron movimientos feministas del sur con masivas movilizaciones transcontinentales, así como se multiplicaron espacios de reivindicación de pueblos indígenas en distintas regiones (y otros levantamientos populares) durante el otoño de 2019.

La relación entre manifestación e internet, así como la posibilidad de inmediatez de información no controlada por un medio hegemónico es, naturalmente, previa a la Primavera Árabe. Desde el levantamiento de las comunidades zapatistas en 1994 en los Altos de Chiapas, hasta las primeras manifestaciones contra las cumbre globales económicas por ahí de 1997 y 2001, la comunicación virtual empezó a jugar un rol importante en la organización política ciudadana. Las personas se pueden poner de acuerdo mucho más rápido, ya sea para encontrarse en un mismo sitio a realizar una acción o un *flashmob*, o para coordinar una acción simultánea en muchos sitios a la vez en una misma fecha, incluso, a veces, a una misma hora. Esto modificó las lógicas temporales de seguimiento de un acontecimiento político: desde su convocatoria hasta el acompañamiento del evento (y, por lo tanto pudo significar un intento de primera capa de protección ante los abusos de las fuerzas del orden). Pero esto también tiene sus límites: cuando la organización para las movilizaciones implicaba tiempos más largos, los vínculos se hacían más estables y duraderos. El mismo caso de la Primavera Árabe, o al menos algunos de los países de dicho movimiento, podrían ser un ejemplo de que, a falta de una cohesión más fuerte (que se haya conseguido con más tiempo), no se habría logrado sostener un movimiento a mediano plazo.

1991 ← 2022 → 2030 Descripción

Se convocará en una glorieta, a las 16:00 hrs. En realidad habrá personas ahí reunidas desde un par de horas antes, preparando carteles y socializando. Como a las 15:45, un grupo de policías de tránsito, de trajes tornasol, cerrará la calle por la que se avanzará hacia la plaza.

Les convocantes están ahí desde antes, el resto de la sociedad civil, llega poco a poco, algunos llegan tarde, pero la concentración y la preparación de los últimos detalles antes de arrancar la caminata harán que la marcha se tarde otros 45 minutos en empezar.

Algunes periodistas estaban esperando, cámara en mano, delante de la vanguardia de la marcha. Detrás de ésta, diversos grupos se habían formado con sus banderas o mantas, relacionadas con lo que la coordinadora de la marcha había marcado.

Algunes irán justo después de les convocantes, otros, claramente hasta atrás. Algunos más distraídos, nunca sabrán en dónde colocarse y se colarán por ahí. Otras planearán su lugar de manera estratégica, ya sea para estar lejos o cerca de tal o cual grupo.

La multitud de drones empieza poco a poco a elevarse para tentar al viento y empezar a poblar la marcha aérea. Cuando se es parte de la masa, siempre es un misterio saber quién y cuándo dio el pitazo para el arranque.

Alguien lo hizo y se empezó a percibir una ola de personas que enfiladas producían cierto mareo en quien las miraba. Ese inicio llevaba cierta aceleración. Eran como las 16:50. La vanguardia marca un ritmo ágil y decidido; conforme se aleja de las primeras filas, los de atrás se vuelven un poco más torpes, más apretados, algunas veces con ritmos más irregulares. Esto daba pie a pausas, conglomeraciones, vacíos, carreras, esperas, fragmentaciones. Cada una producía sensaciones distintas.

Alrededor de las 18:00, un grupo entusiasta y juvenil frena. Se hinca, espera un momento y deja que les de atrás se amontonen un ratito, a manera de tapón; aguanta, suspende. Después de un tiempo, cuando haya unos 80 metros despejados frente a la masa, los cuerpos adoptan una posición de inicio de carrera (o algo parecido a unas simples cucillas), se miran con ojos de complicidad, cuentan en voz muy alta de manera regresiva del 8 al 0, y gritando el nombre de su contingente (escuela o facultad), o simplemente tirando algún grito enérgico, corren repentinamente para llenar el hueco dejado adelante justo antes, arrastrando consigo a algunas personas del contingente justo después, que sentirán su cuerpo atraído por la carrera. Euforia pura, fiesta, demostración de energía, subirán los ánimos y se reavivarán las energías de los pies cansados que empezaban a mermar bajo el sol. De ahí seguirá un episodio de saltos coordinados al grito de: “¡El que no brinque es _____ (nombre del presidente en turno)!”. La cosa seguirá, y los grupos caminarán a sus ritmos. Así como las melodías entonadas o consignas gritadas llevarán tonos diferentes, los cuerpos se moverán a ritmos diferentes. Probablemente pensemos cosas diferentes, pero todo eso sumado genera nuestra canción común.

A los lados de la avenida, había otra serie de manifestantes. Les que miraban parades.

Algunes porque apoyan la lucha y no pueden caminar tanto, o prefieren integrarse a la masa cuando pase el grupo con el que se identifican; otros por mera curiosidad, otros para documentarla.

Este último grupo, el que documentaba, en realidad estaba en esa posición sólo un ratito. Intentaba hacer tomas frontales de los grupos mejor disfrazados, o de las personas más viejas, o de las personas más jóvenes. Intentaba captar la mejor toma del cartel más inquietante, más contundente, más enternecedor, más cabrón. El que sostenía la chica con las tetas pintadas de dorado, el que sostenía un chamacaco sobre los hombros de su papá, el que sostenía el colectivo de campesinos armados con machetes. Pero después de un rato se desplazó por fuera del río de personas, a contraflujo, para saltarse un segmento y encontrar otro *spot* igual de privilegiado para el objetivo de la cámara, un poco más arriba que el anterior, para recibir a las siguientes entusiastas.

desencajada de una manifestación

Algune de sus compañeros, se saldrá del cauce del río, pero para correr a la zona de llegada de la manifestación antes que todos. Quiere captar el momento en que llegan a la plaza principal, protagonistas y vanguardia; anhela las primeras tomas antes del mitin, del acto. Algune otre se queda hasta atrás, o a los costados, tratando de captar las imágenes sensacionalistas que surgen cuando se realiza una pinta, se rompe un vidrio, se pateo una cabina telefónica. Éste tercer grupo, así como el grupo que pinta, rompe o pateo, se mueve distinto.

Generalmente serán más veloces, mostrarán otra agilidad, entrarán y saldrán del cauce, ya que dentro se protegen, pero afuera se exponen. Cuando actúen generalmente lo harán con gran celeridad: la necesaria para evitar que ningún funcionario del orden público (llámese granadero, paco, tira, policía o yuta) logre impedir su acción.

Vayamos al ritmo de ese cuerpo del orden (llámese granadero, paco, tira, policía o yuta). Esto variaba mucho según el tipo de manifestación. En el caso de algunas ciudades, según la convocatoria que se esperaba, se desplegaba cierta cantidad de policías. O visto al revés, la cantidad de policías desplegada, daba una pista sobre la cantidad de manifestantes esperados esa tarde. Los de tránsito, iban cerrando calles. Los de casco, escudo y tolete, están parados y formados a los lados, en ciertos puntos estratégicos; probablemente los puntos bien conocidos para los enfrentamientos o las acciones directas: las vitrinas de los bancos, de algún hotel de lujo, el lugar en el que se da la vuelta a la calle, etc...

En principio no se mueven, y no deberían de moverse nunca. Pero si lo hicieran, no lo harían precisamente con mucha gracia; sería porque alguien les dio la orden de hacerlo, de correr a otra formación, de agarrarse a escudazos y palazos con alguien, de tumbar a algún joven aunque cante algún himno o canción de cuna, patearlo y detenerlo. Si lo hacen en grupos grandes, y en la plaza del mitin, probablemente querrá decir que van a desalojar la plaza muy rápido, y que eso implicará correr mucho.

Algunos manifestantes intentaban protegerse de los golpes con banderas de la Virgen de Guadalupe apelando a la posible empatía de la policía para apaciguar el ambiente. Pero acabaron corriendo igual. Si antes de llegar a la plaza, la marcha se encontrara con numerosos policías con camiones incluidos, bloqueando una calle para impedir el curso de la manifestación hacia su punto de llegada final, es porque recibieron una orden de muy arriba y que será difícil pasar.

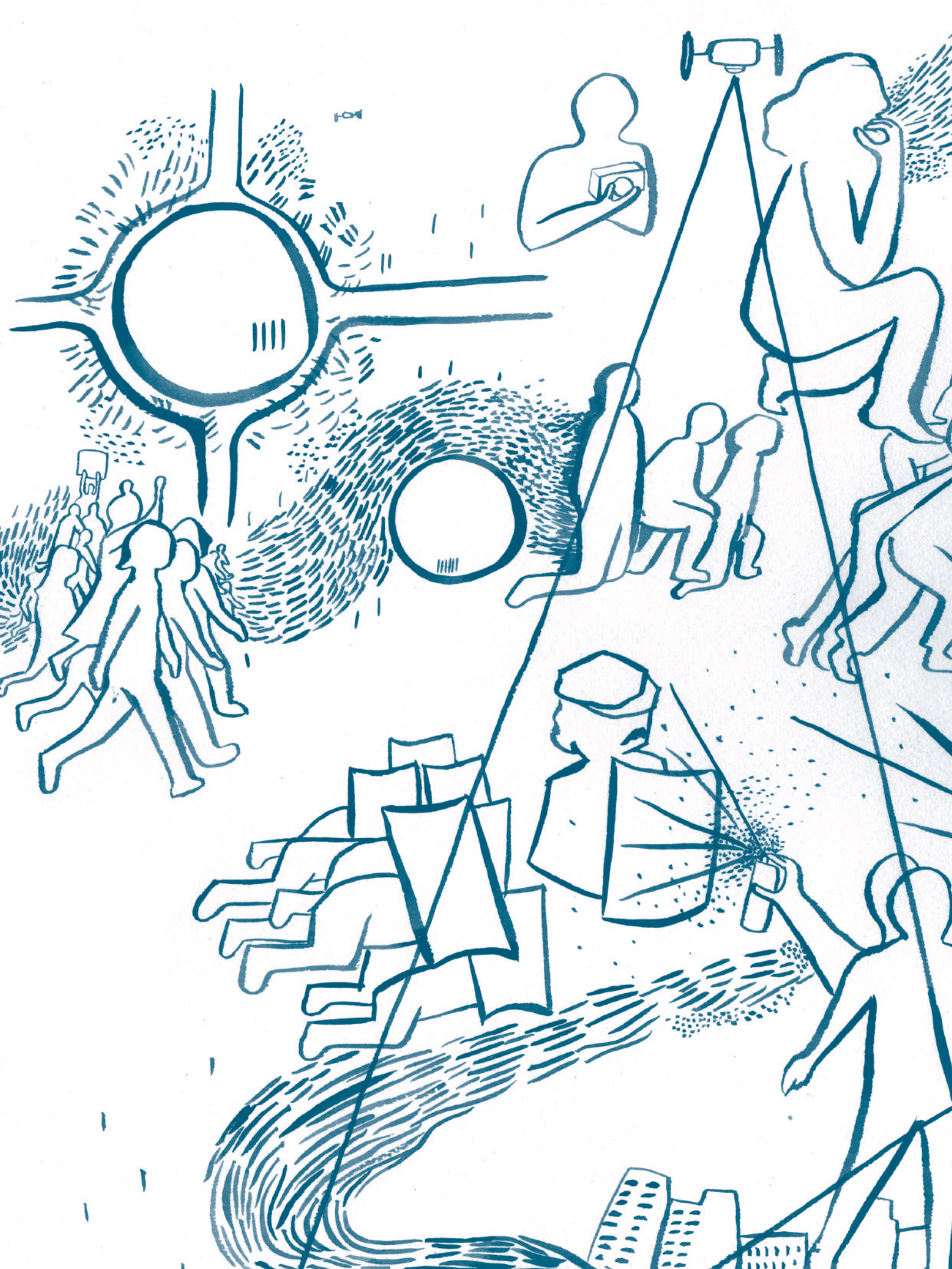
En ese caso, se colocarán en formación tortuga, una formación de los granaderos para cubrirse y atacar, inventada hace más de 2 mil años por las legiones del Imperio Romano.

Hubo palazos, alguna mujer intentó conversar con los robots detrás de los escudos, mucho gas, y cuando el tono subió, se detonaron frecuencias sonoras insoportables para dispersar a las vanguardias.

Más gas. Más agudo. Más gas.

Sea como sea, al final de la caminata, acto y desenlace, los manifestantes, periodistas y organizadores emprenderán, agotados, camino a casa. Puede que algune haga una escala en algún bar o cantina de la zona, como para asentar un poco las emociones y beber una cerveza fresca, pero eso dependerá del desenlace de los acontecimientos.

En cualquier caso, en el 2030 se seguirá discutiendo sobre la pertinencia de marchar hasta el Zócalo central. Pero en el 2030 nos seguía gustando llegar a la gran plaza para vernos y reconocernos como masa.





Momentos propicios, detonantes y deserciones... y olas

Una ola es la acumulación de frecuencias: el momento “ruidoso” de algo que viene cocinándose desde hace mucho más tiempo. Y a veces se expresa como una cosa aislada, pero otras veces como muchas cosas que se concatenan. Océanos atravesados por miles de corrientes, en los que desembocan ríos que llegan con fuerza, alimentados a su vez por muchos otros ríos, que luego se calman, cambian de temperatura, se mezclan con otros. Ríos que a veces parecen desaparecer o enterrarse y vuelven a emerger. Mares en los que también aparecen volcanes que explotan en las profundidades y sueltan su lava y la esparcen a lo ancho, o llegan a la superficie y la sueltan, toda roja, hacia los cielos de manera espectacular. Revoltijo de temperaturas, colores y relieves que nos ayudan a pensar eso que nunca deja de moverse, y está marcado por momentos, explosiones, cursos y oleadas como las que se perciben en la calle. El momento visible de un movimiento social es cuando éste se expone en la calle, se mira y suena. La infinidad de corrientes están constantemente agitando las aguas, pero lo que les humanas vemos, son las olas, las mareas, los tsunamis. Manifestaciones que, en su suma y *consecutividad*, conforman un movimiento. ¿Una manifestación hecha de muchas manifestaciones? Esto se puede analizar como una progresión de hechos, relacionados con una lucha común y que van variando la intensidad de sus energías. Las manifestaciones, esas interrupciones repetidas muchas veces, van marcando el ritmo del movimiento. Las mareas suben, las mareas bajan; los vientos las afectan y lo que parecía ir en cierta dirección acaba por ir en otra.

¿Qué hace que por momentos sea clave la demostración de fuerza colectiva y la lucha por un espacio público? ¿Qué hace que la ola se quiebre? En numerosos casos y en diversas partes del mundo, el aumento del combustible o del transporte público han sido disparadores comunes para la insurrección. Hoy, que las economías dependen en buena medida del transporte y la movilidad (de personas, comida, mercancía, cosas), una crisis de combustible vulnera directamente casi cualquier configuración familiar. Río de Janeiro en 2013, los Chalecos Amarillos (Francia) en 2018, Ecuador y Chile en 2019 son ejemplos recientes, pero hay cientos por todo el planeta. Esa causa desencadena movimientos masivos muy enérgicos, muy enojados (en un inicio no conllevan el factor tristeza o duelo de otro tipo de movilizaciones); abren las puertas a la calle, para luego convertirse en demandas mucho más complejas, profundas y estructurales. Es un ejemplo de causa que moviliza incluso a personas que inicialmente no militaban ni responden necesariamente a un movimiento político, pero que si la frecuencia de la lucha se sigue intensificando, eventualmente podrían terminar integrándose a alguno.

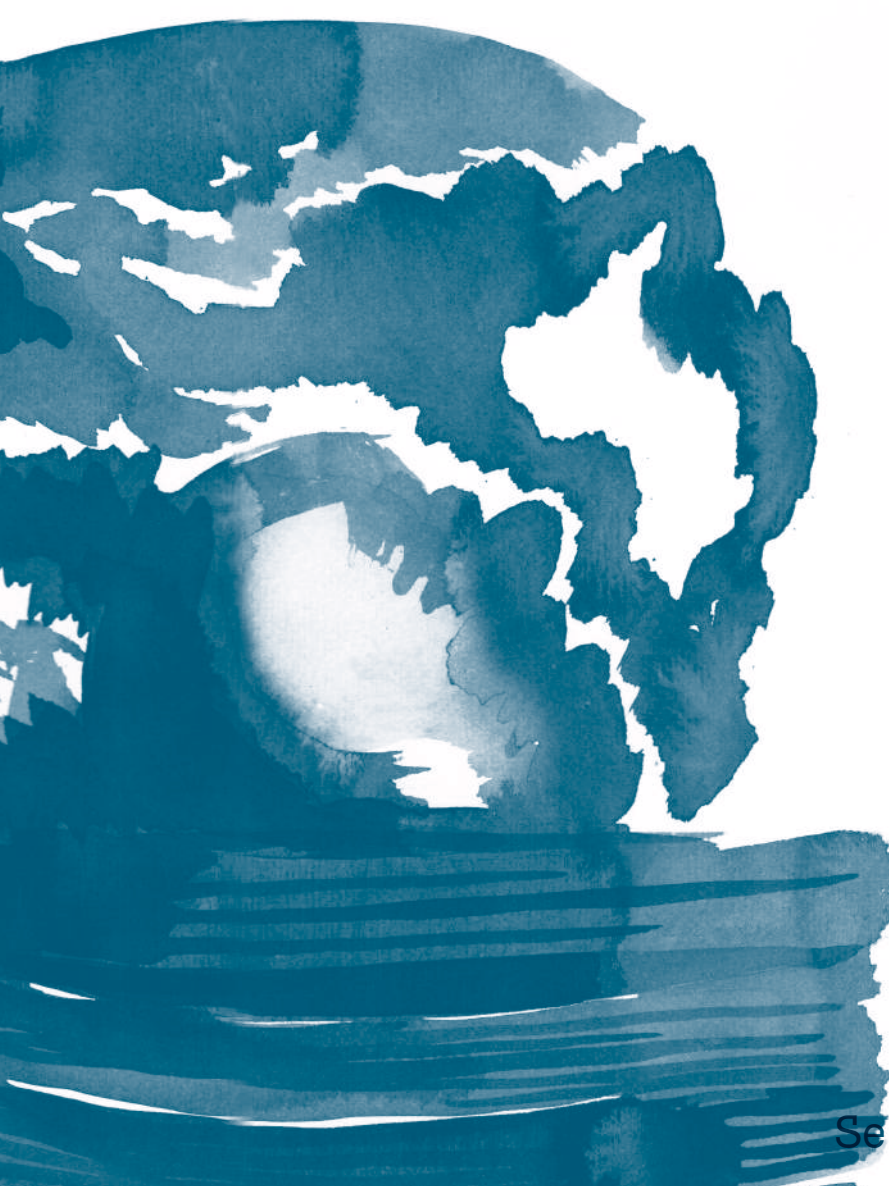
La imagen de la ola puede entenderse de muchas maneras, en muchos momentos, y analizarse desde perspectivas distintas. Cómo se originan, cómo se contagian, y el momento en el que se quiebran. Puede ser el caso de rachas de manifestaciones en un periodo relativamente acotado, como en Ecuador o Chile en 2019, en México en 2014, la Primavera Árabe en 2011. Pero también se pueden pensar de una manera más expandida en el tiempo, como es el caso de las mareas feministas y sus distintas épocas. La tercera, la cuarta, la octava ola... desde mediados del siglo XVIII a nuestros días; con sus heterogeneidades, sus polifonías internas, la especificidad de sus demandas según las regiones y los momentos. Pero es probable que cada nueva corriente se nutra de aspectos de la anterior y, gracias a ello, crezca y profundice en demandas cada vez más palpables. En la presentación del libro *Tsunami 1* (editado por Gabriela Jáuregui y publicado por Sexto Piso) una de sus autoras, Vivian Abenshushan, dijo algo parecido a “el tsunami es aquello que viene después del temblor”. Eso, en un México tectónico, tiene muchas posibles lecturas y, cuando ella lo decía, hacía pocos meses que un sismo profundamente destructivo había pasado por aquí y los movimientos feministas más recientes empezaban a arder. En México los sismos suelen marcar momentos importantes en cuanto a la movilización política y la organización de la sociedad civil. Pero la imagen del tsunami propone también algo que se sale de nuestro control. Algo que devasta, limpia, se expresa y cuya potencia siempre es un tanto inmensurable. Eso que viene y que está a punto de llegar. Podría arrasarse. Eso que genera un sonido silencioso y una tremenda espera, eso que nos va a tocar a todos. Cuando peta, peta. No había de otra, el mar lo necesitaba.

Y luego están las mareas internacionales. No se sabe muy bien por qué, surgen de manera simultánea movilizaciones en muchos puntos del planeta. Por contagio, inspiración y problemáticas compartidas, colapso de un sistema económico generalizado, y a veces también, por coincidencia. O porque el movimiento de una placa tectónica siempre afecta a las demás y, a la par de esos movimientos de placas, se reajustan los poderes, que también se mueven en mareas; cuando se contagian las estrategias de conservación del poder en una región, a través de tácticas gubernamentales, militares y discursivas, se contagian también tácticas para responder a éstas. El 2000 llegó lleno de síntomas del declive del capitalismo y con una sensación tangible de ver el fin del sistema-mundo. Los tiempos eran entonces deliciosamente propicios para un clima insurreccional. 2011: las ocupaciones de las plazas. Madrid Puerta del Sol, Occupy Wall Street, Umbrella Movement... 2019, contra el FMI, contra el imperialismo (gringo o chino); “Oleadas de manifestaciones recorren América Latina”. “El mundo está en fuego: Ecuador, Hong Kong, Chile, Haití, Líbano, Panamá, Costa Rica...”. Cada manifestación responde a una lógica, pero muchas manifestaciones se convierten en un movimiento social más largo, más sólido, más exigente. Ese que supera la primera etapa de la revuelta. Y luego están las que se pensaron para ser internacionales o “universalistas”: 2003, contra la intervención

estadounidense en Medio Oriente. 2019, contra el cambio climático, globalifóbicos de Seattle, Porto Alegre, Cancún, Génova. Y los 2020 llegaron llenos de intuiciones de que nuevas corrientes de odio y de organizaciones fascistas vienen con mucha fuerza, y por tanto las formas de respuesta serán enormes, energéticas y complejas. Serán también contagiosas y tectónicas, pero de éstas no hablaremos ahora mismo, porque necesitamos un poco más de tiempo para organizarnos.

Y cuando la marea baja, la lucha se dispersa. ¿Qué hace que una lucha aguante? ¿Qué hace que un movimiento social continúe activándose en las calles, o se disuelva? Todo crece y decrece. Nada crece al infinito. En muchos casos, si deja de crecer, si se estaciona y se estanca, se muere. Como la masa. Como los imperios. La duración de un movimiento podría depender de la capacidad de movimiento de la masa, el cual puede estar ligado a su tamaño o a la capacidad de éste para transformarse. En el caso de algunos movimientos, las demandas son muy específicas, y si se logra el cambio de ley, derrocar al presidente, o el cumplimiento de un pliego petitorio, se puede dar por finalizado ese periodo de manifestaciones. Pero en otros casos la cosa es más ambigua; les manifestantes se van cansando, o llegan las vacaciones de diciembre. Puede ser, como en el caso de los padres y madres de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa, que el núcleo siga marchando mes a mes, pero que el apoyo masivo de la sociedad se haya diluido. De hecho parte de esa dilución se dio en diciembre del 2014, con el clásico inicio del maratón Guadalupe-Reyes*, para seguir mermando en enero

o febrero del 2015. ¿Cuántos meses o años se puede seguir marchando en acompañamiento a las víctimas y familiares de las víctimas si la demanda de justicia y aparición con vida no parece posible? También puede ser que la policía haya arrasado con una plaza pública ocupada, y a través del miedo y la imposición haya logrado impedir el espacio natural de reunión de un movimiento en conformación (como sucedió el 20 de noviembre de 2014 en el Zócalo de la Ciudad de México). Algunas veces unas elecciones o una agenda política estatal desarticulan a un grupo y cooptan sus demandas originales que se pierden en la politiquería. Pero hemos visto casos en los que la lucha no parece tener fin, o si lo tiene será porque todes han muerto. Una semilla que da vida a una planta, se convierte en árbol y florece, necesita también encontrar su ruta al marchitamiento o a la muerte. Y esa ruta tiene ritmos específicos dependiendo de los lugares, de las densidades y del clima. Y cuando ha muerto, siempre queda la posibilidad de que ese cuerpo vuelva a surgir en otro momento, de otra manera. Que la red tejida bajo tierra encuentre un momento propicio para reactivarse. “Quisieron enterrarnos pero no sabían que éramos semilla.”**



* El maratón Guadalupe-Reyes arranca el 12 de diciembre con la fiesta a la Virgen de Guadalupe y concluye el 6 de enero, día de los Reyes Magos. Esos días, en México se trabaja poco, se come mucho y se bebe mucho más. Es un periodo oficial de abandono de las responsabilidades y entrega al gozo.

** Frase re-utilizada en muchas manifestaciones, sacada del poema “Epitafio para la tumba de Adolfo Bález Bone”, de Ernesto Cardenal.

«Te mataron y no nos dijeron dónde enterraron tu cuerpo, / pero desde entonces todo el territorio nacional es tu sepulcro; / o más bien: en cada palmo del territorio nacional en que / no está tu cuerpo, tú resucitaste. / Creyeron que te mataban con una orden de ¡fuego! / Creyeron que te enterraban / y lo que hacían era enterrar una semilla.»

Se me hace que ahí viene la creciente

INTERLUDIOS 5 INSTANTES

INSTANTE 1

Ciudad de México, 12 de agosto de 2019.

Una chica está tirando agua contra la vitrina de la Procuraduría General de Justicia capitalina, su botellita de plástico se agota. Tira la botellita, la de al lado la imita. Otras se suman y tiran lo que tienen en las manos. Se miran. Desde una inteligencia colectiva no verbal, sin saber muy bien cómo, se dan cuenta que están por tirar esa vitrina. En unos cuantos segundos, la convierten en miles de pedacitos.

INSTANTE 2

Ciudad de México, 8 de noviembre de 2014.

Un grupo de manifestantes llega al Zócalo en la noche reclamando la aparición con vida de los 43 estudiantes de Ayotzinapa. Ese día no hay mitin, el Secretario de Gobernación acaba de anunciar en televisión que están muertos. Pero nosotros los reclamamos con vida. Llegando a la plaza, unos se quedan frente a Palacio Nacional, otros se siguen dando la vuelta alrededor. Un chico joven trepa por las vallas de metal que separan la calle de la puerta del edificio de gobierno. Con un aerosol hace unas pintas, el resto aplaude. Unos segundos después, explota una bomba molotov en la puerta de madera que parece haber prendido fuego. Dura segundos, pero los suficientes para que las cámaras capten las mejores fotos y simulen una toma de la Bastilla, el principio de una revolución. Dura segundos, pero las fotos construyen un fuego eterno. Un fuego perfecto, para que días después, el 20 de noviembre siguiente, un enorme batallón de granaderos se despliegue para reprimir a las masas profundamente lastimadas y cada día más enojadas. El día de la represión que infundió el miedo y acabó con la fuerza creciente del movimiento.

INSTANTE 3

Chubut, octubre 2018. Marcha final del Encuentro Nacional De Mujeres Lesbianas y Trans de Argentina.

Millones se mueven paso a paso. Una masa gigante de 40 cuadras de largo abarca desde el llano hacia la altura y hasta llegar a lo más alto: una iglesia. Cantos anti-cura, anti-iglesia, comienzan a sonar fuertísimo, acompañados de algunos objetos que vuelan por los aires en dirección al templo. Una piba se sale de la calle y corre hacia la reja de la iglesia, se baja los pantalones y empieza a defecar, otra piba corre y se le pone al lado, repite la acción y orina. Así, nos vamos sumando en un canon de pantalones que bajan y materias que salen de nuestros cuerpos durante unos tres minutos. Una extensa ofrenda en las puertas de aquella iglesia.

INSTANTE 4

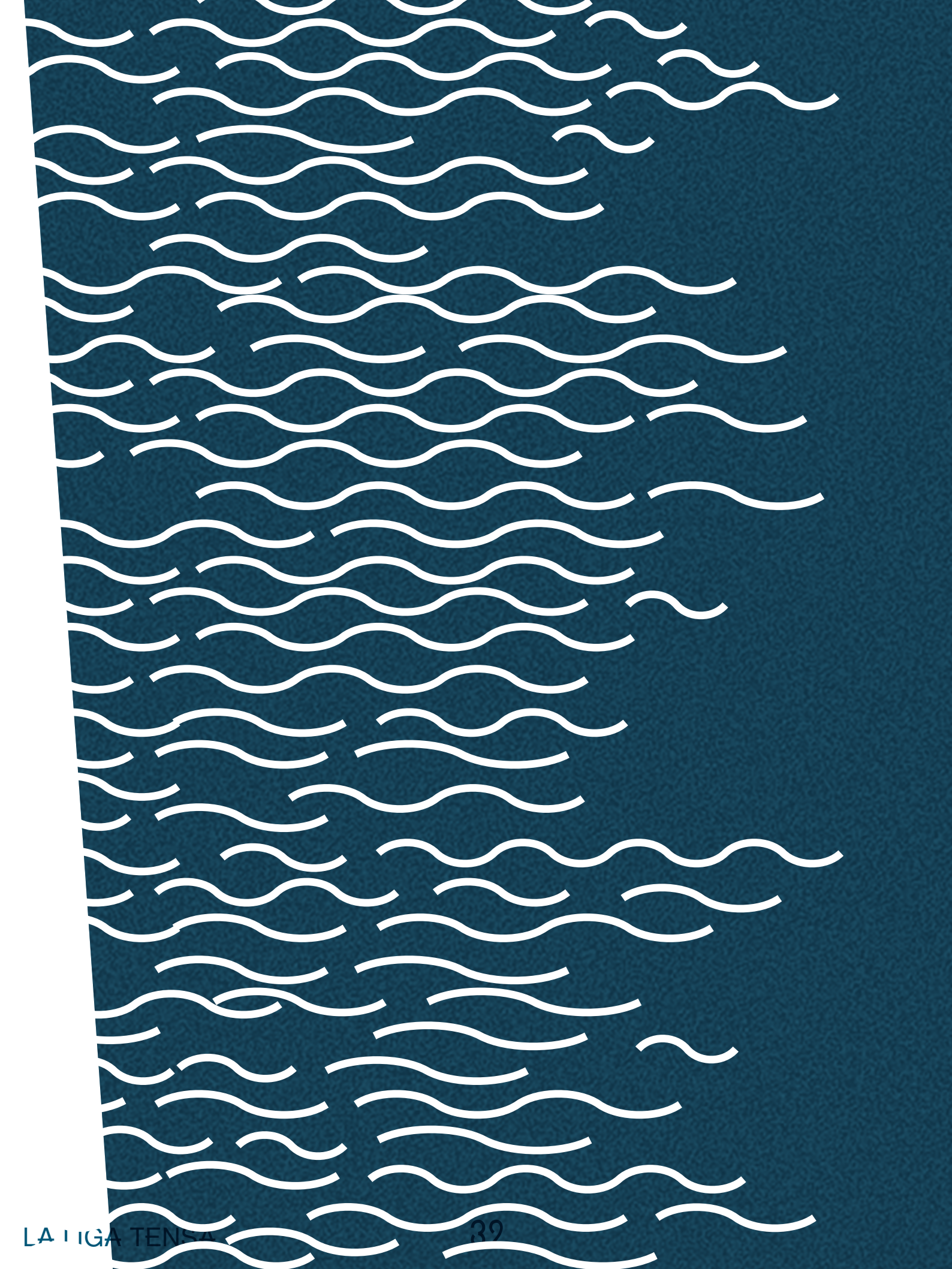
Montevideo, cada año en la Marcha del Silencio que pide verdad y justicia por les desaparecidos de la dictadura en Uruguay.

En un momento del recorrido, la marcha que venía concentrada en lugares apretados de la ciudad, sale caminando, toma Jackson, sigue por Fernández Crespo y dobla sobre 18. Ahí, de pronto, se abre la calle, la avenida, los cuerpos se organizan de otra manera y toman ese espacio mucho más grande, en silencio. Fuerzas que entran en una historia. Una cosa que era chiquita ahora entra en la avenida con un paso calmo pero firme, cada año, de manera repetida, en cada marcha, estirando el tiempo.

INSTANTE 5

Ciudad de México, 19 de septiembre de 2017.

La tierra vibra como hace años no lo hacía, nos tambaleamos todes, algunos caen. No sabemos si es una perforadora agujereando el suelo, un trailer de muchísimas toneladas pasando por la avenida, King Kong entrando a la ciudad. Por un momento, más de 20 millones de personas sintieron algo parecido, dejaron lo que estaban haciendo, tuvieron miedo o algo. Por ese momento, casi nada tuvo más importancia que la supervivencia propia y la de les propies. Se abrió un hoyo en la vida de la ciudad, esta vez sí: paramos todes.



PASADOS MIRAR HACIA ATRÁS

Miro sobre mi hombro y me llegan imágenes muy difusas de 1988, año de elecciones y fraude electoral en México, en las que Carlos Salinas de Gortari se impondría como presidente sobre Cuauhtémoc Cárdenas después de una misteriosa “caída del sistema” de conteo electoral. Yo eso lo supe mucho después, pero lo que en ese momento sabía era que tocaba salir a la calle a caminar junto a mi hermana, mi madre y una amiga suya con su hija, a repetir los gritos que sonaban por los aires de “ratón orejón”, “pinche puto pelón orejón”, “mientes pelón, perdiste la elección” (esta última en realidad no la recuerdo, la vi en una foto de algún periódico años después y decidí integrarla a mi memoria). Tenía casi 8 años y lo recuerdo como algo divertido. Había máscaras de Salinas por todos lados, mucha gente, niños, abuelitas, estudiantes...Tan sólo tres años antes había sucedido el temblor de 1985, un movimiento trepidatorio larguísimo que dejó a la mitad de la Ciudad de México hecha trizas, pero con un tremendo impulso político organizativo. Mi madre, siendo extranjera, no podía manifestarse políticamente (le podían aplicar el artículo 33 de la Constitución Mexicana que prohíbe que los extranjeros se involucren en la vida política nacional), pero mi hermana y yo, ambas mexicanas de 11 y 7 años, podíamos gritar todo lo que quisiéramos. Así que mi madre caminaba como “observadora” y nosotras gritábamos por ella. Las dos mujeres caminaban decididas y divertidas de ver a sus hijas gritonas aprender a marchar. Después me llegan muchos otros recuerdos, las 100 horas por la democracia del PRD, las marchas que acompañaron al movimiento zapatista, las de la huelga de la UNAM, las de solidaridad por Atenco...¿Cuál fue tu primera manifestación? ¿Qué recuerdas de ésta? ¿Cómo aprendiste a marchar? Éstas son preguntas que nos hemos hecho en numerosas ocasiones con la Liga Tensa, cavando en las memorias de nuestros cuerpos y tratando de entender ese proceso de aprendizaje en cada quien. Nos las hacemos nosotras mismas, y se las hacemos a nuestros interlocutores para pensar juntas. ¿Quién se acuerda de cómo empezó a marchar? ¿De quiénes heredamos, tanto histórica como geográficamente, nuestras marchas? ¿Cuándo comenzó la lucha que estamos dando? ¿De qué maneras específicas nos manifestamos en los lugares en los que vivimos? ¿Cuáles son las historias de los movimientos con los que dialogamos? ¿Cuáles eran las formas de manifestación de las organizaciones de antes? ¿A quiénes identificamos como nuestros ancestros políticos?

reviviendo la memoria histórica

espectros del 68

cada quien su Bella Ciao

Es posible que nuestras primeras manifestaciones hayan tenido que ver con la invitación de algún familiar, madre, padre, abuela, prime. O puede que haya sido en un contexto estudiantil. Tal vez fue a los 8 años, o a los 19, o a los 35. Pero, en muchos casos, nuestras memorias de marchas y de represiones están alimentadas por sucesos que ni siquiera nos tocó vivir. Les tocó vivir a otros, antes, pero nos heredaron esos miedos, esas alarmas, esos golpes. Operan como manifestaciones-espectro. Un ejemplo fácil de trazar, es el de las manifestaciones que conmemoran el año de 1968 en diversas partes del mundo. Muchos de los movimientos estudiantiles hoy, están inspirados en lo que pasó en esos años, ya sea por el impulso y fuerza que parece haber tenido ese periodo en nuestros imaginarios, su sensación de quiebre, o por el tamaño de las tragedias en varias partes del mundo. Conmemoramos a los mártires estudiantiles, por muertos. Pero también conmemoramos al movimiento vivo, que cada año busca su resignificación y sigue formando políticamente a los jóvenes. En su libro *Espacios y repertorios de la protesta* (2016), Sergio Tamayo hace un ejercicio de etnografía de la protesta estudiantil en el que analiza específicamente varias marchas conmemorativas del 2 de octubre en la Ciudad de México para mostrar, por un lado, su genealogía, y por otro su vigencia y capacidad de actualización en el presente.

«Al invocar el pasaje histórico, este suceso muestra más que una conmemoración de un hecho, la conmemoración de una identidad que tipifica al estudiante de hoy: “no estuve ahí, pero no olvido”, tal y como se leía en una manta universitaria en la manifestación del 2008. El estudiante entonces se reconoce a sí mismo ahí en ese lugar y en ese momento. No puede ser de derecha, no puede ser porro, sino de izquierda y radical, una izquierda “no institucionalizada”; tampoco puede ser pasivo sino activista; no puede ser irresponsable sino consciente de una realidad que lo aplasta pero que también se la imagina aplastando a otros dominados: “El estudiante consciente ni se rinde ni se vende”, dice un lema recurrente. Conjuntamente, habría que reconocer sin embargo que el tiempo transita inexorable, así que es el contexto político lo que profundiza la separación generacional e ideológica entre los grupos estudiantiles de hoy y las organizaciones tradicionales “históricas” de ayer, éstas últimas representadas en el Comité 68. La marcha de estudiantes si bien informa algo del pasado, revela mucho mejor la realidad del movimiento estudiantil de ahora y de su cultura política. Las identidades colectivas son parte sustancial, inevitable, de la cultura política.»

Tamayo se pregunta «¿Cómo establecer el vínculo entre actualidad y memoria de las organizaciones estudiantiles?», y cuenta que durante un mes o más, previo a la manifestación los grupos se organizan en círculos de estudio, conferencias, exhibiciones, programas de cine, exposiciones, volanteo, distribución de propaganda, para discutir sobre la histórica agitación estudiantil de 1968: «sobre el carácter subversivo del movimiento; sobre las posibilidades de empujar nuevamente un movimiento así; sobre la relación entre el movimiento de entonces, con las experiencias de 1987 y 1999; sobre la necesidad de que el movimiento estudiantil se articule con el movimiento social más amplio, etc. Así es como se va uniendo una interpretación de la historia con las necesidades concretas de ahora.»

La memoria legitima las luchas de hoy, pero la represión continúa. Dadas las circunstancias del crimen de Estado que fue la masacre de 1968 en México, la manifestación que se lleva a cabo cada 2 de octubre en la Ciudad de México, sigue siendo reivindicativa y urgente pues, a la fecha, nadie ha sido juzgado. Esa marcha, entonces, no es sólo estrictamente conmemorativa, sino que su demanda es activa por no estar resuelta. Al menos así la viven los del Comité 68, los que estuvieron ahí en ese momento entre las balas. Pero algunos de los jóvenes estudiantes a los que no les tocó vivir aquella noche, la caminan como a una conmemoración histórica. Desde una memoria que saben es importante mantener despierta y operando, aunque no sea la suya, porque en sus cuerpos está una responsabilidad política y se les ha entregado una estafeta. No estuve ahí, pero no olvido. Y ese cuerpo, me toca encarnarlo a mí. Recordar algo ajeno para que no vuelva a suceder. No tanto porque busque una resolución legal, como los del Comité, sino porque sé de lo que el Estado es capaz y no estoy dispuesta a volverlo a vivir. Y a eso se agregan las nuevas reivindicaciones que toca poner sobre la mesa para luego sacarlas a la calle: saber utilizar el movimiento para que las demandas respondan (también) a la crisis actual.

Cuando el 20 de noviembre del 2014, en la plancha del Zócalo de la Ciudad de México, se prendieron los reflectores desde el edificio de Palacio Nacional, muchos de nosotros recordamos lo que sucedió en la plaza de Tlatelolco en 1968. Unos segundos bastaron para que nuestros cuerpos resintieran aquello que sintieron nuestros padres casi cincuenta años atrás, esa noche. Supimos, o al menos intuimos, que lo que seguía no sería amable ni suave. Y de hecho, no lo fue. La policía conformada por los granaderos de la ciudad, pero comandada por el Gobierno Federal aprovechó esos instantes de desorientación en los que ante las luces, quedamos medio congelados como conejos lampareados, para disolver la manifestación en escasos minutos. Ahí operó un miedo colectivo conectado con una memoria histórica común, y en cuanto entendimos lo que seguía y vimos las primeras formaciones de policías avanzar, nos echamos a correr como conejos desesperados. Cuando se vislumbra un cuerpo caminando sobre el techo de Palacio Nacional, muchas personas pensamos en francotiradores.

hay técnicas de lucha que se heredan

Así como algunas causas, consignas, cierta simbología, herramientas gráficas y de defensa se transmiten de generación en generación, algunas tecnologías de resistencia o insurrección, también se heredan. Entre éstas, está el caso de la barricada, un dispositivo suficientemente sencillo y suficientemente maleable como para ser replicable por el mundo en una enorme diversidad de contextos. Se tiene registro de las primeras barricadas en Francia en 1588, en 1648, en la toma de la Bastilla en 1789, y finalmente en las jornadas de lucha de la comuna de París hace 150 años. Las primeras se construyeron con barricas (aquellos toneles usados en casi cualquier casa para almacenar alimento, aceite, vino...), a las que se les sumaba cualquier cosa que los combatientes del barrio quisiera agregar para evitar que los militares avanzaran; en un inicio, se agregaba cualquier objeto cotidiano, mueble, desecho, adoquín o ladrillo. A mediados del siglo XIX se contagiaron por el resto del continente europeo, y en el siglo XX ya aparecían por el mundo entero. Esta masa de cosas que intenta producir un tapón en una ruta o ganar tiempo sobre las fuerzas estatales, es una herramienta popular que cobró una importancia enorme en los levantamientos urbanos. Además de complicarle el paso al enemigo, constituye un espacio de encuentro, de discusión, de construcción de algo común. Una superficie sobre la cual pintar un mensaje, enunciarse políticamente, y generar una cohesión entre participantes. Piedras del pavimento que se levantan y pasan de mano en mano en una larga cadena humana, se intercalan con otra cadena por la que se transfieren las necesidades básicas y otras más moviéndose juntas en una danza de la resistencia que marca un pulso y produce su propia música al desplegarse. Barricadas que cobran vida, se fortalecen, se reconstruyen, se desplazan, se *pimpean* y se renombran según las necesidades. A veces transitorias pero aún inextinguibles, a pesar de que el desarrollo tecnológico de los ejércitos y las policías las han vuelto cada vez más permeables, de Gezi a Oaxaca, pasando por Kiev y Masaya son una suerte de contramonumento cuya performatividad disruptiva pone en jaque las lógicas de la monumentalidad.

Las barricadas utilizadas en Masaya, Nicaragua, por el movimiento de estudiantes anti-Orteguistas* en 2018, son las mismas utilizadas por sus madres y padres durante la revolución sandinista en los ochenta. Dichas barricadas están construidas con adoquines de cemento, cuya fabricación era monopolio del dictador Somoza derrocado en 1979 por los sandinistas. El mismo modelo de barricada es utilizado en dos situaciones distintas: primero a favor del sandinismo entre 1979 y 1990, después contra el orteguismo (que se auto-proclama sandinista) en 2018. Esto no implica

* Daniel Ortega, presidente de Nicaragua, lleva más de veinte años en el poder, entre 1985 y 1990, y de 2007 a la fecha. Es líder del partido Frente Sandinista de Liberación Nacional.

necesariamente una oposición radical de ideas entre las dos épocas, pero sí una oposición ideológica-política si pensáramos al sandinismo como algo fijo. En el caso nicaragüense, al verse tergiversada la aplicación de las ideas para beneficio de unos cuantos, una generación se sublevó en oposición a la anterior, impidiendo al sandinismo monumentalizarse. Sin embargo, ya estaba asegurada la transmisión de un conocimiento material insurreccional, que está siendo aprovechado hoy, por los que construyen barricadas (les hijos) para resistir contra aquel en el que algún día creyeron sus madres y padres.

Las barricadas se han utilizado desde hace más de cuatro siglos, y son un elemento material que ha reflejado las maneras en que un movimiento insurgente se enfrenta a las fuerzas policiales en sus distintas épocas. Hay en esa materialidad una herencia que se puede leer de manera muy concreta, aunque el uso práctico de la barricada esté cambiando ahora. La tecnología de las armas hace de la barricada hoy una barrera más simbólica que concreta, pero no por ello menos potente, por todas esas otras cosas que implica en términos organizativos. El hecho de que las barricadas le pertenezcan al pueblo, le regresa a éste la posibilidad de jugar con y re-espacializar su ciudad, más allá de lo que las autoridades urbanísticas hayan trazado con fines de control generalizado del espacio.

memoria sin nostalgia

Recordar, recapitular, insistir en no olvidar son algunas de las premisas fundamentales de muchos movimientos políticos que saben que sólo la memoria puede evitar que se repitan las peores tragedias y crímenes de Estado de la historia. Marcar las fechas, rememorar los números, marcar a los culpables, son ejercicios de perseverancia que dependen de personas concretas, y que si por la historia fuera, se borrarían solos. La persistencia para que se vuelvan a contar las cosas con *más verdad*, con más precisión, con versiones más justas, son acciones políticas que implican (y nos implican) empeñarse en que las tragedias no sean deglutidas por el tiempo ni los datos diluidos entre los años. Versiones más justas, que al revisar el atrás procuran incidir hacia adelante, versiones que no se conforman con lo que se nos contó hasta ahora, sino que se revisan y se reelaboran para escapar a una simplificación nostálgica de las cosas. La nostalgia puede tender a anhelar un regreso a cierto orden social que ya no es, como si éste fuese “un orden natural” de las cosas. La nostalgia rememora a menudo con un aire conservador, con un suspiro romántico que en el caso de muchos movimientos políticos es desactivante; en lugar de ejercitar la memoria, se recurre al recuerdo, como algo cuya forma permanece inamovible. Los movimientos feministas actuales tienen una mirada mucho más enfocada en el presente y en incidir en las prácticas concretas que sostienen formas de vida patriarcales; y conforme apelan a la transformación de una realidad aquí y ahora,

se plantean también ejercicios de imaginación que permitan abrir brechas en terrenos que parecían imposibles. En sus consignas, en las referencias literarias, en las conversaciones, en las estéticas que de ahí surgen está una de las grandes potencias de los feminismos. Para nosotras, como para muchas poblaciones históricamente oprimidas, nada antes fue mejor. En todo caso, para la gran mayoría de las mujeres y en muchas partes del mundo. Recurrimos a las bisabuelas, pero siempre para transformar las vidas de las vivas y de las que están aquí, y de las que están por nacer, nos toca revisar constantemente la historia pero no podemos apelar a ésta desde la nostalgia. ¿Cómo se está moviendo entonces, un movimiento que no tiene nada que extrañar del pasado? ¿Qué fuerzas aparecen cuando no hay nada que echar de menos? Ya no se trata de exigir una igualdad para un grupo específico de personas, sino se trata de construir un mundo con otros fundamentos y otra articulación de fuerzas.

Se va a caer, decimos en las manifestaciones. Lo vamos a tirar, suena también; eso que lleva demasiadas vidas estando ahí como un muro inamovible, y que podría cambiar absolutamente toda la lógica de nuestras relaciones. Un gesto que intenta producir nuevas reverberaciones en nuestros cuerpos y transformarnos desde las entrañas. Hacer de la nueva pista de baile un universo alternativo; replantear las lógicas de funcionamiento del mundo de una manera que no conocemos, desde el piso, desde la pista. Y eso nos obliga a modificar nuestras formas de organización política, pública e íntimamente. Pisotear al lenguaje y desconcertar a nuestras muy admiradas referencias literarias, políticas, artísticas. Imaginemos pues las ficciones que queremos ver, escribamos y contemos las historias como las queremos leer y escuchar y construyamos las tierras sobre las que queremos caminar.

El riesgo de caer en el suspiro nostálgico se corre siempre, y ahí está el esfuerzo constante de volver a leer la situación y expandir la mirada cada vez más para ir corrigiendo en el camino lo que se nos escapa. Y la imaginación es sin duda uno de los aspectos de la manifestación que más nos interesa, y que si debajo de ese adoquín, realmente hay una playa, toca re-imaginar por completo a eso eso que llamamos playa.

paciencia

“A la masa *lenta* pertenece la *lejanía* de la meta. Se avanza con gran tenacidad hacia una meta, que es inamovible, y en el camino se tiene que permanecer juntos. El camino es largo, los obstáculos desconocidos, los peligros amenazan por todos lados. No está permitida una descarga antes de que se haya alcanzado la meta. La masa lenta tiene forma de convoy...”

Elías Canetti en *Masa y Poder*

Por un lado, estamos en un momento en el que se observa una suerte de aceleración de los movimientos feministas; son demasiadas las configuraciones de nuestras formas de vida que toca cambiar ahora mismo y con una enorme urgencia. Y la urgencia no es sólo discursiva, es práctica y corporal. En América Latina, cada vez se matan más mujeres y la sensación es la de una olla que hierve y se desborda de manera *tsunamilar*. Asimismo, hacia el interior, conforme el movimiento se enfrenta a sus propias contradicciones (como las que tienen todos los movimientos), se ve obligado a revisarse en cada momento y a reformular sus puntos. De un año a otro, surgen numerosas cosas que repensar, ya no sólo como reacción ante una más que desequilibrada realidad, sino como construcción de otra. Las radicalidades que hace un año tuvieron un sentido, este año tienen otro, pues la situación se mueve y hay que reacomodarse. El reconocimiento de una diversidad cada vez más grande en la lucha feminista obliga a matizar algunos puntos, a acentuar otros, a manifestarse en contra de ideas de algunas, para adherir a las de otras. La vertiginosa velocidad que sin duda se relaciona también con la manera en que circula la información en la red, la lógica del *hashtag*, la *branderización* de la vida política, etc... Pero también porque la urgencia es insostenible, es inaguantable, es insoportable.

Y, al mismo tiempo, cuando miramos hacia otras situaciones insoportables, inaguantables e insostenibles, nos damos cuenta de que ciertos grupos llevan cientos de años luchando en una especie de bajo continuo. Vencer es ir de derrota en derrota mientras otras desisten. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional es un ejemplo de un movimiento que habla explícitamente de tiempos extendidos. Nada de *fast-lucha*. Si bien en 1994 dijeron “ya basta” por más de 500 años de opresión, en una entrevista que le hace Vicente Leñero al entonces subcomandante Marcos, cuando el periodista le pregunta sobre el largo plazo, éste contesta: “llevamos esperando 500 años, dicen los compañeros. Podemos esperar otros 500”. Desde entonces, su trabajo ha sido constante, han asumido un proceso de aprendizaje que no concuerda con los tiempos de la viralización en la red, ni de la fluctuación de las finanzas, ni de los periodos electorales. Sin embargo, usan esos tiempos, esos ciclos y esas aceleraciones exponenciales para volver a reafirmar su resistencia ante ellas. Se lucha a ritmo de caminata.

A la paciencia, el EZLN le suma el reconocimiento de las y los ancestros: “Es enseñanza de nuestros muertos, que la diversidad y la diferencia no son debilidad para el abajo, sino fuerza para parir, sobre las cenizas del viejo, el mundo nuevo que queremos, que necesitamos, que merecemos”. Muchas de las luchas antirracistas y anticolonialistas tienen en común esa presencia vital de les que antecedieron aunque estén muertos. Las y los antepasados forman parte de la lucha, acompañan, y eventualmente llegará el momento en que se les haga algún tipo de justicia, pero eso implica seguir caminando como vivos. Hasta aquí hemos pensado en ese andar como algo relativamente lineal, que tiene un adelante y un atrás. Pero podemos

pensarlo también como algo que dialoga con el arriba y el abajo, con lo terrestre y lo subterráneo, como pueden ser los cuerpos enterrados y los caminos del agua que de pronto se miran y de pronto se entierran para después reaparecer. Estamos aquí en una situación en donde los tiempos se traslapan y las materialidades se empiezan a entretrejer. Ya no desde un pasado, sino desde un presente en el que muchas eras están reverberando al mismo tiempo. En donde los vivos están conversando con lo que saben de los muertos. Estamos aquí acercándonos a esa reivindicación histórica de liberar a los muertos.

sub suelo

Nos vamos a hundir. Vamos a ir mucho más profundo en los universos subterráneos para pensar en ese contingente de espíritus que nos acompaña y con el que inevitablemente nos toca dialogar. Hay muchas más personas muertas que vivas en el planeta Tierra. En 1968 (otra vez el 68) el escritor y científico Arthur C. Clarke, escribía en el prólogo de su novela de ciencia ficción *2001: una odisea espacial*: «Tras cada hombre viviente se encuentran treinta fantasmas, pues tal es la proporción numérica con que los muertos superan a los vivos. Desde el alba de los tiempos, aproximadamente cien mil millones de seres humanos han transitado por el planeta Tierra. Y es en verdad un número interesante, pues por curiosa coincidencia hay aproximadamente cien mil millones de estrellas en nuestro universo local, la Vía Láctea. Así, por cada hombre que jamás ha vivido, luce una estrella en ese Universo». En la actualidad, tal vez unas 15 muertas por cada una viva*. Cada una de esas personas tuvo una expresión política; tal vez lucharon contra algo, tal vez se organizaron, tal vez gritaron por algo. Nuestros contingentes de marchas de hoy, están en parte conformados por algunas de esas personas muertas, que siguen teniendo voz e incluso capacidad de organización. Esa potencia vibra fuerte y es muy profunda cuando pensamos a los muertos en masa. En *Masa y poder*, Elias Canetti habla de los muertos como parte de la masa en varias ocasiones. Por un lado dice: «No basta, sin embargo, que los muertos se hagan cada vez más numerosos y que un sentimiento de su densidad llegue a hacerse predominante. También están en movimiento y en busca de empresas conjuntas». Y luego con temor, habla de los pueblos que imaginan a sus muertos o a cierto número de entre ellos como ejércitos combatientes: «El ejército de espíritus vuela en grandes nubes de ida y vuelta –como los estorninos sobre la faz de la tierra. Siempre retornan a los lugares de sus pecados terrenales. Con sus infalibles flechas envenenadas matan gatos, perros, ovejas y vacunos de los hombres. Libran batallas en el aire como los hombres sobre

* Cincuenta años después, el Population Reference Bureau que consideró acertados los cálculos de Clarke, estima que habría 7 mil millones de personas vivas en el planeta, y un aproximado de 107 mil millones de personas muertas en toda la historia de la humanidad. Esto es: 15 personas muertas –o espíritus– por cada una con vida.

la tierra. En las noches escarchadas, luminosas, se les puede oír y ver, cómo sus ejércitos avanzan unos contra otros y se repliegan, se repliegan y vuelven a avanzar». Cada vez que los nombra, nombra su capacidad de organización. Para mí es bonito pensar en el temor que se le puede tener a los muertos: habla contundentemente de la relación entre los vivos. Y lanzarse a imaginar a los muertos movilizados en conjunto y con agencia política puede llegar a ser aterrador. Pensar que todo empezó antes y acabará después. Que conviven en paralelo tiempos distintos. Conversan fuerzas que se expresan a través de lo material y de lo inmaterial. Canetti habla de esta fuerza con temor a la venganza, enfocándose en numerosas ocasiones en una batalla entre vivos y muertos, pero para nosotros resulta más útil enfocarnos en esa fuerza política del pasado reverberando en el presente. En esa conversación inevitable entre la política y la muerte. Los cosmistas rusos buscaban hacer justicia por todos los hombres explotados. Revivir a los muertos para que ajusten cuentas. Tal es el caso también de muchos pueblos originarios latinoamericanos que dialogan con sus muertos como aliados o enemigos, como parte de ese submundo acuático que circula profundo bajo la tierra, con los que podríamos hacer alianzas y podrían resurgir si hiciera falta. “Hay muertos que no se callan nunca”, dijo hace unos años Mirtha Luz Pérez Robledo, madre de Nadia Vera, asesinada el 31 de julio del 2015 en la colonia Narvarte en la ciudad de México, junto con otras 4 personas. Y hemos visto desde entonces a muchas personas que, sin siquiera conocer a Nadia, sintieron que les tocaba buscar justicia, por ella, por Alejandra, por Mile, por Yesenia y por Rubén. Y al luchar por ellas y por él, se fueron animando a formar parte de una masa más grande, en la que resuenan las voces de muchas muertas y muertos de este país que es una fosa. Una masa que escucha sus voces y reclama con ellas. Como si no se callaran nunca.

Trans manifestaciones

Trans mortalidades

Cuando me preguntan si creo en dios, desde hace un tiempo digo que creo en los muertos. Tal vez porque en los últimos años los empecé a conocer de más cerca. Tal vez porque desde mi educación hiper-racionalista y desde mi nula relación con las religiones, empecé a comunicarme más con las potenciales opiniones de mis muertos. Los acontecimientos políticos que a mí me estaban movilizando estaban requiriendo de la aprobación y la crítica de personas que ya no están aquí, y me resultaba muy importante conocer sus posturas políticas para tomar las mías. ¿Qué habría argumentado mi padre sobre el movimiento que se conformó a partir de la desaparición de los 43 normalistas? Él solía decir que México era un país violento desde siempre, pero

que nosotros no lo habíamos percibido antes. ¿Cómo habríamos procesado juntas ese chingadazo que fue enterarnos de la enorme cantidad de desaparecidos que están por todos lados? Me quedaron pendientes muchas de esas discusiones que justo se encendieron en el 2014, el mismo año de su muerte. En realidad ese deseo sigue operando, pero de alguna manera me inventé formas para tener esa conversación. Y una de esas maneras ha sido conversar con otros que, como yo, también están entablando charlas con sus ausentes. Conversando con Guillermo García Pérez, han salido temas que me interpelan, y uno de esos tiene que ver con lo delicado de asumir una herencia política. Hablar de herencia de la lucha de los antepasados ayuda a pensar la transmisión intergeneracional de las luchas a largo plazo, así como de un movimiento continuo, profundo y largo que sigue dándole sentido al curso de las cosas hacia un (quizá) “mejor” mundo, como un mar de lava espeso que avanza lento, deja rastro y terminará formando montañas. Pero en ese flujo nos toca pensar que lo que aparenta estar petrificado, no nos sirve si lo pensamos como algo del todo muerto. La relación entre los pasados políticos de las personas muertas y las personas vivas, se vuelve más vibrátil si repensamos críticamente la noción de herencia; ésta, muchas veces queda encasillada en una idea trascendental y un tanto pasiva relacionada con los antepasados, y si se considera una manda o un legado, pierde su carácter político y politizante. Aquello que se transmite, no es importante por sí sólo ni nos determina de manera absoluta. Es importante en la medida en que es activable y re-pensable en un presente concreto, a partir de su potencia política actual. Nuestra montaña de lava es un organismo vivo, que se transforma, se habita, muda.

Edgar Morin propone la noción de transmortalidad, apoyándose en el movimiento de transmisión de nuestra información genética de un ser a otro a través de su reproducción sexual. Cada una de nuestras células carga con ese código y una memoria que pertenece a un individuo y a un tiempo anteriores, “resurrección de lo caduco”; y, en la medida en que los genes se siguen transfiriendo de una persona a otra, nos volvemos “ya no del todo mortales cuando morimos”. Esto tampoco nos hace inmortales, pero nos ayuda a pensar en la transmisión con una mirada menos trascendental (como algo religioso, simbólico, metafísico o abstracto), y más material. Los genes efectivamente se transmiten de un ser a otro, eso al menos no muere, independientemente de los que se expresen y los que no durante una vida. “El ser [...] es singular en su combinación genética, pero no hay ningún elemento de esta combinación (salvo mutaciones accidentales) que no le venga de sus ascendentes”. Otra manera de pensar en esa conversación entre vida y muerte puede ser a través de la simple idea de metamorfosis; la transformación de la materia corporal que se convierte en alimento para otros seres, otros cuerpos, otras vidas. Así podemos pensar en los cadáveres como algo fundamental para la preserva-

ción de la vida de otros seres; al morir nosotros, aumenta un potencial para otros vivos quienes acabarán consumiéndonos, y a su vez serán consumidos por otros, haciendo de esos seres, cementerios temporales de otros seres.

Volviendo a nuestro tema, Guillermo García Pérez propone otorgarle a las luchas transgeneracionales, una función viva y actualizada en sus mecanismos de transmisión. Nos invita a liberar el potencial reconfigurativo y metamórfico de la muerte, para evitar que se solidifique en un monolito o que opere simplemente como un reflejo de la vida. Las batallas políticas no empiezan ni terminan con nosotros, y para que resuenen en su presente político, no habría que monumentalizarlas, sino permitir que una idea permanezca dinámica. Su cristalización, como la de la masa, significaría su muerte. Al encontrarnos con una idea anterior, tenemos la capacidad de reescribirla a partir de nuestros cuerpos, de nuestras relaciones, y ofrecer entonces una nueva posibilidad de relectura que a su vez permita una nueva multiplicidad de interpretaciones posibles. Esto permite la ampliación del concepto de cuerpo, en la que hacemos cuerpo común con los vivos pero también con los muertos. En la que el tiempo se amplía cual péndulo en un movimiento más amplio hacia el pasado y hacia el futuro, y en la que los espectros forman parte de nuestro movimiento. Y esa idea de cuerpo colectivo, permite pensarnos también a lo ancho; como una acumulación, yuxtaposición, entramado o superposición de las ideas, que producen ideas más complejas y profundas. Tiempos heterogéneos que conviven y permiten romper con la hegemonía de un tiempo lineal, y por tanto romper con una jerarquía del tiempo pasado como aquello “determinante” o que “nos construye” de manera absoluta. Jean-Luc Nancy propone la noción de *strucción* para salir de la hegemonía de la construcción, de una visión del mundo creado por ingenieros y arquitectos (o dioses) y de los cuales dependemos todos y así está estructurado el mundo en el tiempo. Ni construcción ni deconstrucción. Propone una mirada en la que las cosas cohabitan, coexisten y en donde no necesariamente están definidas por un fin, un sentido, un ensamblaje, un arriba o un abajo, sino en donde las cosas están presentes todas juntas al mismo tiempo. Pensar en el “todo junto”. Pensar lo contiguo y lo co-presente, pero ya no una organización ni un orden superior. Pensar menos en el fundar, y más en el fundir. Tampoco desde una noción simplificada y plana de presente absoluto.

“Sin embargo, haber vuelto al estado de *strucción* no significa necesariamente haber experimentado una regresión ni una degeneración. Puede haber un progreso más allá del proceso de construcción, de instrucción y de destrucción. La *strucción* libera de la obsesión que quiere pensar lo real o el ser bajo un esquema de construcción y que se agota en la vana búsqueda de un arquitecto o de un mecánico del mundo.

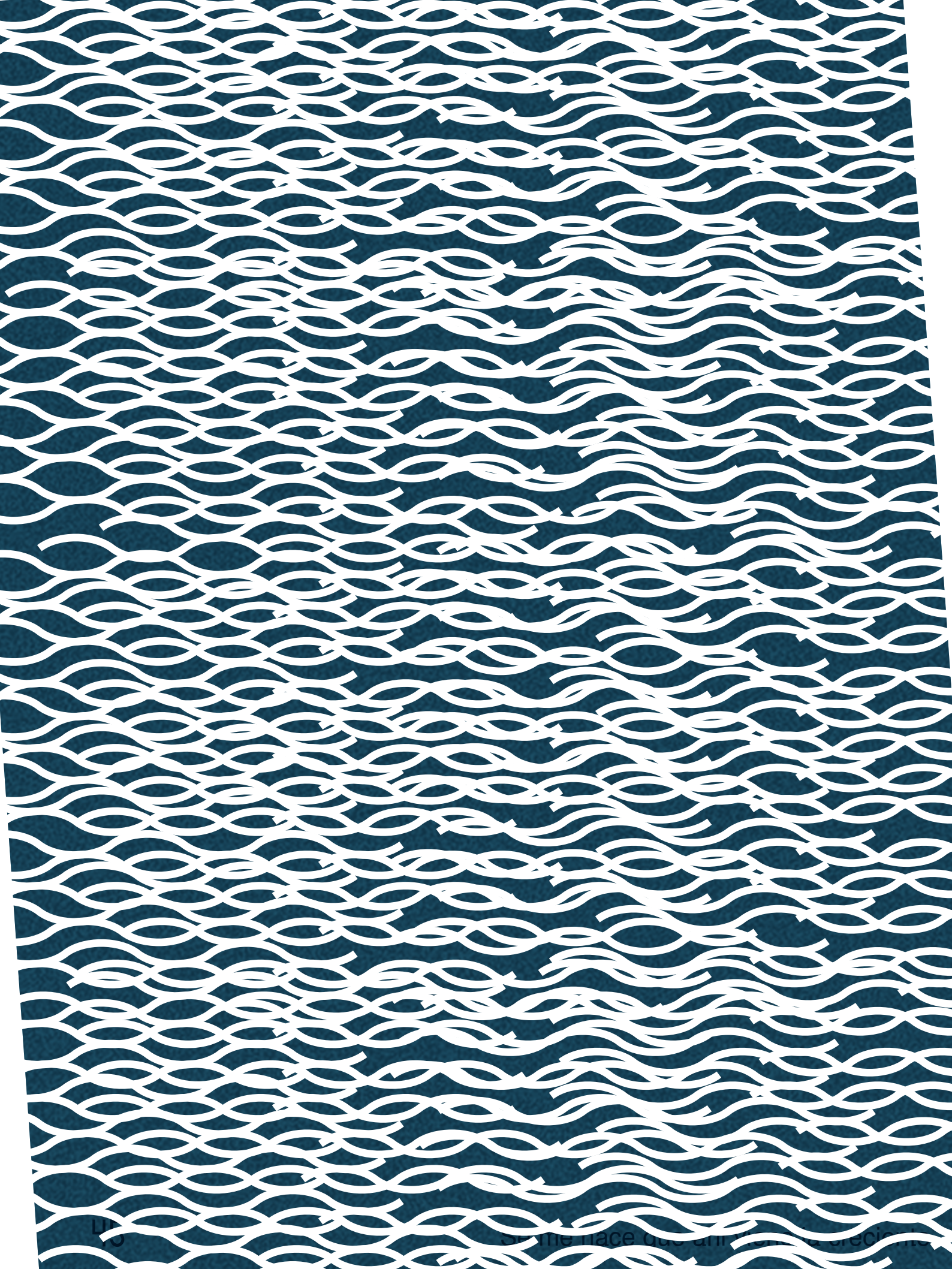
La *strucción* ofrece un des-orden que no es ni lo contrario, ni la ruina de un orden: él se sitúa en otra parte, en aquello que

nombramos como contingencia, fortitud, dispersión, errancia y que amerita tanto los nombres de «sorpresa», «invento», «chance», «reencuentro», «pasaje». No se trata de nada más que de la copresencia o mejor de la com-parencia de todo aquello que parece, es decir, de aquello que es.

En efecto, lo que es no aparece procediendo de un ser en sí. El ser mismo es parecer, lo es integralmente. Nada precede ni sigue al «fenómeno» que es el ser mismo. Este último no es nada de lo ente pues es el aparecer del ente que no «es» más que en tanto pareciente y compareciente. No se le parece a una conciencia o a un sujeto: com-parece, todo parece junto y todo parece a todo. Así debemos decir además que todo trans-parece: todo remite a todo y todo se muestra entonces a través de todo. Sin fin y, más precisamente, sin comienzo ni fin.”

Esta idea nos sirve para preguntarnos entonces qué hacer con las opiniones y posturas de esa masa de muertos nuestros y muertos de otros, en relación a nuestros accionares políticos. ¿Cómo nos relacionamos asumiendo esa yuxtaposición de opiniones y posturas que hemos decidido no monumentalizar? ¿A lo ancho? ¿Entre? Masas de muertos que juntos son más anchos, masas de vivos que en colectivo se siguen expandiendo. Se relacionan, se afectan y negocian, y no están siempre en el lugar más enfocado de la lente; se pueden modular. Porque algunas de esas anti-monumentalidades, requieren por momentos sonar un poco más fuerte que otras, para luego volver a disimularse, aunque sigan sonando de manera casi imperceptible pero no del todo muda. Recuerdo que en el 2013 a la entrada de una exposición en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo de la UNAM, la ficha de sala de la pieza Arrecife, a cargo del colectivo A.M., compartía: *Un arrecife es a la vez un cuerpo y un documento de ese cuerpo. Sus cadáveres acreditan su historia y sostienen su cuerpo vivo. –Steve Zissou.* Nuestros relatos, son también arrecifes, y la narrativa es de alguna manera transmortal. De ahí la enorme responsabilidad que implica, formal y políticamente. Tal vez en este caso, podemos cambiar herencia por arrecife.

UN BANCO DE CORAL ES TAMBIÉN UNA BARRICADA



ESCUCHAR LA MANIFESTACIÓN COMO A UN RÍO

«...
Se me hace que ahí viene la creciente
A ver cómo le vamos a hacer ahora
Aquí están estos señores esperando la creciente

Mira,
Qué chulada;
Qué chulada de agua
Qué hermosura de agua.

Es el arroyo viejo de San Cristóbal, todavía corre.
Mi 'apá.

Mira mi apá qué contento... esperando la creciente...

¡Ahí está Juan!
¡Cuidado! ¡Cuidado! [risas]
¡Se vino el agua!
¡Quiúbole!»

(Transcripción del
video: "Creciente de
agua en arroyos")

«Ora se
extiende por
todo el imperio
como una ancha
ola de mar, ora
se divide en una
red gigantesca
de estrechos
riachuelos;
ora brota de las
profundidades
como un fresco
manantial,
ora se hunde
completamente
en la tierra.»

(Rosa Luxemburgo
en *Huelga de masas,
partido y sindicato*)

«Queda la pregunta:
¿La gente se habría organizado
tan bien durante la campaña por
la Ley integral para Personas
Trans, sin suceder antes tantas
Marchas feministas, y los 8M y
los 3J Ni una menos / y antes
las movilizaciones por el Aborto
/ y antes por el Matrimonio
Igualitario / y antes por el No a la
Baja / y antes por la legalización
de la Marihuana / Y antes todos
esos años de marcha de la
diversidad / Y antes contra la
privatización del agua y de
ANCAP / Y antes contra la ley
de caducidad (El voto verde)
/ Y antes por el regreso a
la democracia / Y antes contra la
dictadura / y antes por la unión entre las
luchas de obreros y estudiantes del 68
en adelante?»

(Lucía desde Uruguay)

«Al final resultó que
muchas de las redes
que se movilizaban eran
las mismas del 132, las
mismas del movimiento
por la paz, entonces no
fue tan difícil encontrar
núcleos, que lograban
coordinarse con algu-
nos discursos, algunas
acciones...»


(Citlali desde Serapaz)

«Al río que todo lo arranca
lo llaman violento,
pero nadie llama violento
al lecho que lo oprime»
(Bertolt Brecht)

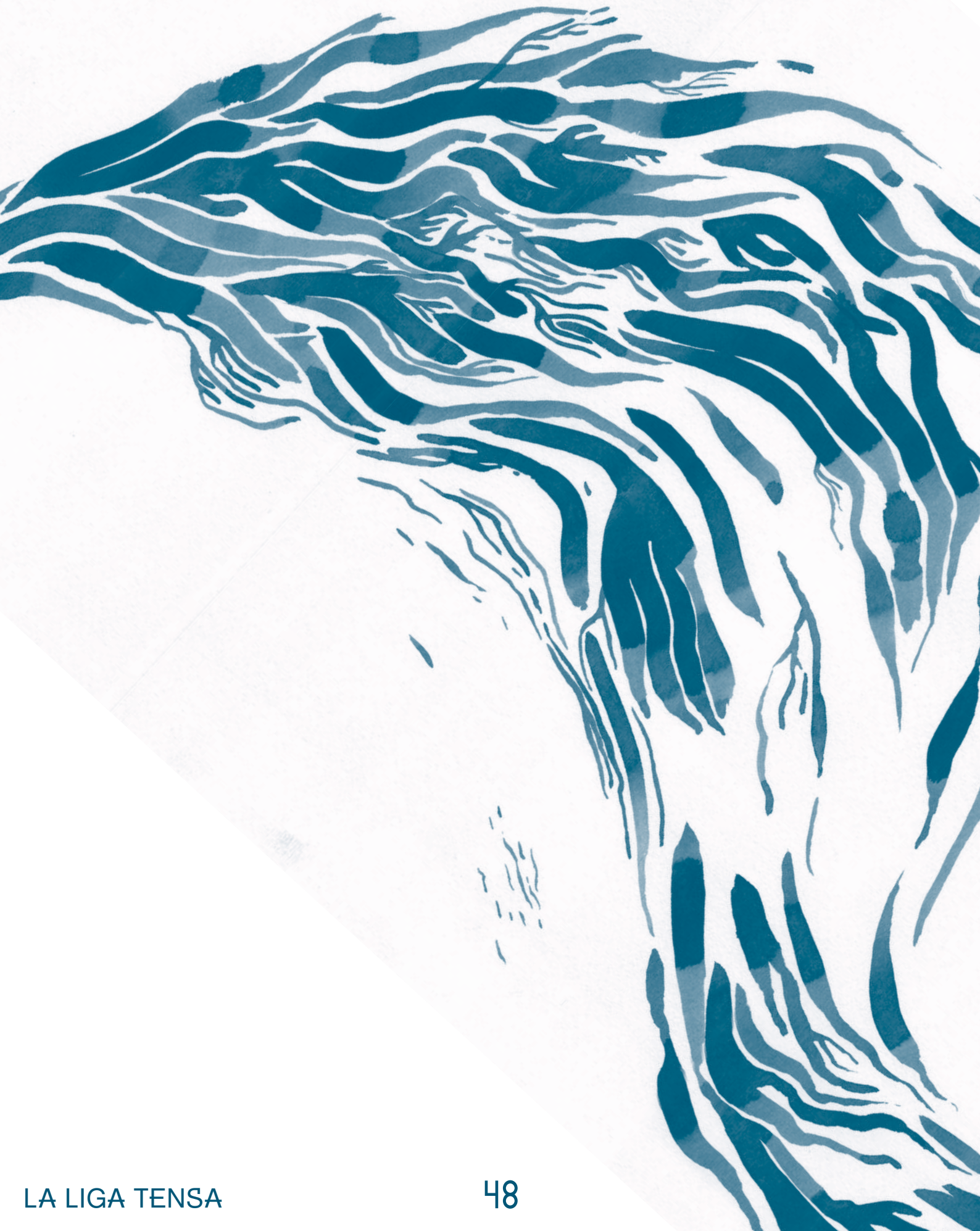
«Río

Lo más llamativo del río es su dirección. Se mueve entre las orillas en reposo, en ellas es visible su interminable discurrir. La ausencia de reposo de sus masas de agua, que se suceden en forma ininterrumpida mientras el río sea río en sí, lo decidido en la dirección total, aunque varíe en lo singular, la decisión de marcha hacia el mar, su incorporación de otros ríos menores, todo lo anterior le confiere un innegable carácter de masa. Así, el río se ha convertido también en su símbolo, pero no tanto para la masa en sí, sino para singulares formas de su manifestación. La limitación de lo ancho, del que no puede aumentar de manera continua y repentina, hace que el río como símbolo de masa siempre tenga algo provisorio. Representa las procesiones: los hombres que miran desde los bordes de la calle son como los árboles en orillas, lo sólido encierra lo fluido. Manifestaciones en grandes ciudades tienen semejante carácter de río. De los diferentes barrios llegan afluentes, hasta que se ha constituido la corriente principal propiamente tal. Los ríos son en especial un símbolo para el tiempo en el que se forma la masa, el tiempo en el que aún no ha alcanzado lo que llegaría a ser. Le falta al río propagarse del fuego y la universalidad del mar. Pero, en cambio, la dirección está llevada al extremo, y como cada vez vienen todavía más, se convierte por así decirlo desde el comienzo en una dirección que parece inagotable y que quizá en su origen se tome más en serio que en su meta.»

(Elias Canetti desde el más allá)



“Queda la pregunta:
¿La gente se habría organizado tan bien durante el terremoto del 2017 en la Ciudad de México, si no hubiera sido por el proceso de protesta de Ayotzinapa / Y antes el Movimiento #Yosoy132 / y antes el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad / y antes Atenco / y mucho antes la huelga de la UNAM / y antes el inicio del movimiento zapatista / y antes el fraude electoral contra Cárdenas / y antes el terremoto del 85 / y antes el 71 / y antes el 68?”
(Esthel desde México)



**Desde el agua y desde las orillas, unas veces se mira,
luego desaparece a la vista o al oído,
pero se sigue escuchando.**

En el 2017, Viviana Bravo escribe del Chile de mediados de los ochenta:

«Unos tocaron la guitarra, otros sacaron fotografías, muchos tiraron piedras. Unos alimentaron barricadas, otros interrumpieron el suministro de luz eléctrica, muchos marcharon y gritaron consignas contra el régimen. Fue hacer y desobedecer. Pero sobre todo, habrá que reconocer que las protestas contra la dictadura fueron persistentes, obstinadas, y en eso se fundaba su principal radicalidad. Nacieron abigarradas. No empezaron bien y terminaron mal, ni viceversa. Nunca tuvieron un origen blanco o puro que más tarde se mancilló. Esta es una valoración tan subjetiva como el interés de quien valora.

Dicen que en las calles de Santiago de Chile las protestas aún nos siguen hablando, que de tanto en tanto se escucha su mensaje en las cacerolas que golpean nuevas generaciones; que sus códigos se leen en los rayados que cruzan alambradas y en las palabras de su gente; que a veces destellan con el fuego marchas, bailes y consignas coloridas. Dicen que se anuncian a través de viejas y nuevas formas de luchas, códigos, ritos y símbolos que hablan de esperanzas y principios. Principios y esperanzas callejeras que pocas veces —o casi nunca— son finales. Solamente en los libros.»

Un par de años después de la salida de su libro, en 2019, explotan en las calles de Santiago, y en todo Chile, unas gigantescas movilizaciones que demandaban un nuevo plebiscito que reformula la constitución chilena, y en contra de las políticas neoliberales del presidente Piñera. Chile no había despertado, nunca se había dormido. Al día de hoy, el plebiscito se votó, y la constitución chilena está en curso de reescritura.

**El río que resurge, las aguas que no se calman.
Que no se calmen las aguas.
No, que no se calmen.**

**NUNCA MÁS
EMERGENCIA CLIMÁTICA**

CHILE DESPIERTA!

YA BASTA

#NOSOTRASPARAMOS

LA HISTORIA NO SE BORRA!

NI PERDÓN NI OLVIDO

**NUNCA MAS UN MEXICO
SIN NOSOTRAS**

NI PERDÓN NI OLVIDO

**SIN UNIVERSIDAD PÚBLICA
NO HAY FUTURO**

OOPS!... WE DID IT AGAIN

**NI UNA MÁS, NI UNA MENOS,
LA VIOLENCIA NO VA MÁS
HOY SOY LA VOZ DE QUIEN
MURIÓ PIDIENDO AYUDA
HASTA QUE LA DIGNIDAD
SE HAGA COSTUMBRE
UN VIOLADOR
NO SERÁ GOBERNADOR
EL PUEBLO UNIDO
JAMÁS SERÁ VENCIDO
MI MAYOR MIEDO
ES QUE ESTO PARE
Y TODO SIGA IGUAL
HISTÓRICAS**

Arthur C. Clarke, *2001: una odisea espacial* (DeBolsillo)

Edgar Morin, *La méthode II. La vie de la vie* (Éditions du Seuil)

El Heraldo de Chihuahua, “Creciente de agua en arroyos”, 2017 (www.youtube.com/watch?v=s9HOGWh4IUE)

Elias Canetti, *Masa y poder* (Alianza Editorial)

Guillermo García Pérez, *Comunidad de los transmortales* (<http://luca.la/ensayos/comunidad-de-los-transmortales>)

Jean Luc Nancy, *Archivida. Del sintiente y del sentido* (Quadrata, traducción de Marie Bardet y Valentina Buló)

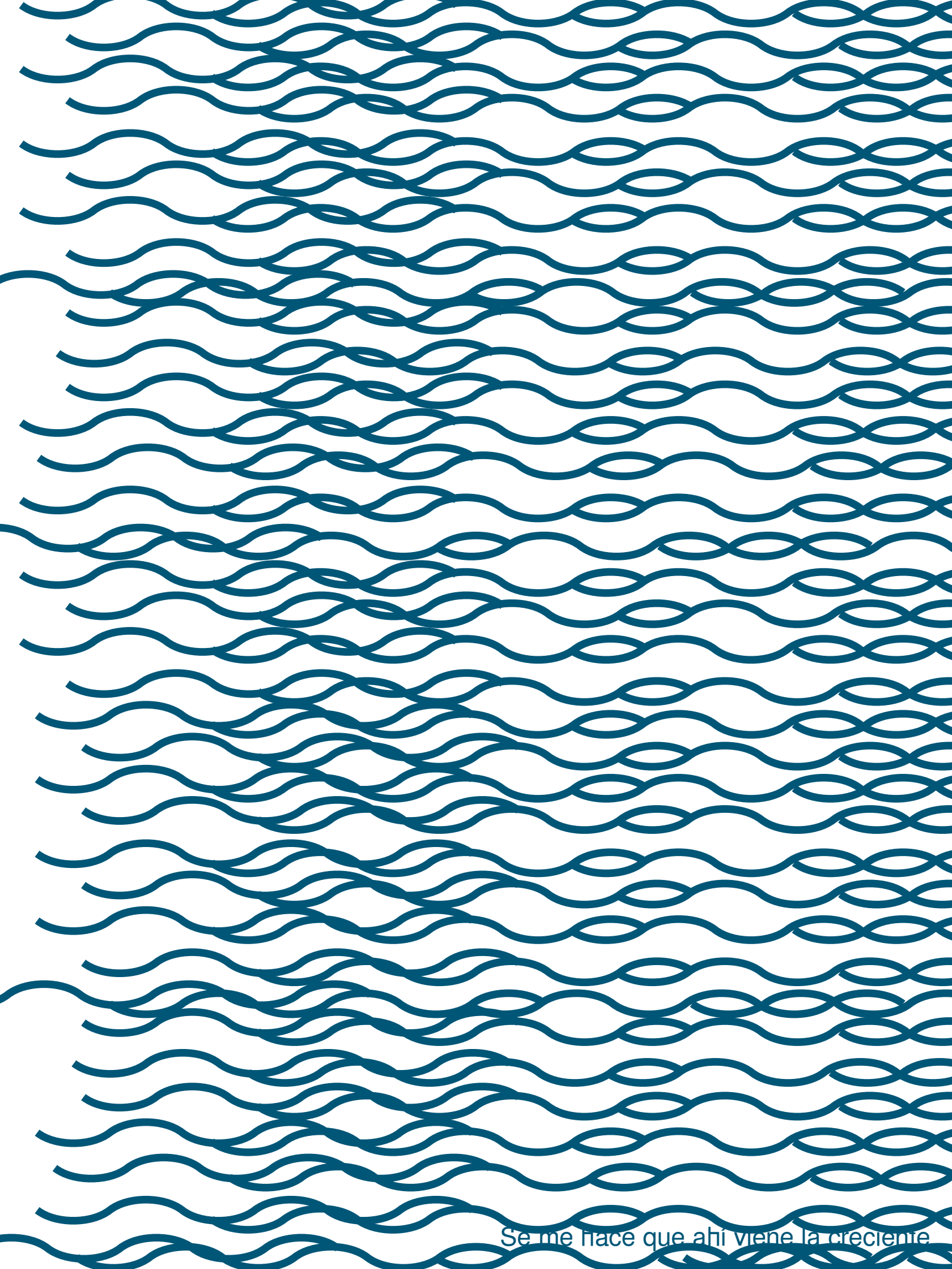
Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicato* (Siglo XXI Editores)

Sergio Tamayo Flores-Alatorre, *Espacios y repertorios de la protesta* (UAM Azcapotzalco, RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales, Colofón ediciones académicas)

Verónica Gago, *La potencia feminista* (Tinta Limón)

Vicente Leñero, entrevista en *Proceso*, 21 de febrero de 1994 (<https://enlacezapatista.ezln.org.mx/1994/02/21/subcomandante-marcos-llevamos-esperando-500-anos-dicen-los-companeros-podemos-esperar-otros-500/>)

Viviana Bravo, *Piedras, Barricadas y cacerolas. Las jornadas nacionales de protesta Chile 1983-1986* (UAH Ediciones – Universidad Alberto Hurtado)



Se me hace que ahí viene la creciente

La Liga Tensa (Esthel Vogrig N., Nadia Lartigue Z.*, Juan Francisco Maldonado G., Carolina Guerra F., Lucía Naser R.) somos un colectivo de investigadores y coreógrafos mexicanos y uruguayes que desde el 2015 pensamos las manifestaciones, aplicando herramientas de la coreografía para observar y analizar los movimientos masivos. Hasta ahora la investigación ha tenido distintas formas de salida: la exposición *Es enorme y se mueve como el gas. Una mirada coreográfica a las manifestaciones* (2017), la conferencia escénica *Escuchar la manifestación como a un río* (2019), así como algunos talleres, muchas pláticas y ahora estos cuadernos.

CUADERNOS DE PROTESTA

SE ME HACE QUE AHÍ VIENE LA CRECIENTE

sobre el tiempo y la manifestación

IMPROVISAR ENTRE MURMULLOS Y GRITOS

sobre la situación y la percepción

PARA EL RÍO, QUE TODO LO ARRANCA

sobre la violencia y la manifestación

IMAGINAR-LO POSIBLE

narraciones y experiencias en torno a la imaginación y la protesta

GRAFIAR LA TRAMA

gestos y tácticas creativas en la manifestación

La Liga Tensa ha sido acompañada en estos Cuadernos por distintos cómplices: en la edición y corrección de textos, Guillermo García Pérez, en el diseño editorial, Roger Adam Bernad, y en las ilustraciones, Julia Reyes Retana C.

El tiraje es de 400 ejemplares, bajo el cuidado de Ediciones sin resentimiento (Juan Leduc y Óscar Suárez Alemán), en los talleres gráficos Colores Impresos S.A. de C.V., Colonia Obrera, Ciudad de México, la maldita primavera del 2022

1ª edición / ISBN: 978-607-8749-37-9

Con el apoyo del PAC, Patronato de Arte Contemporáneo, de Emiliano Becerril Silva (ELEFANTA EDITORIAL) y la generosa donación de Diane Robins, (gracias Diana, eres un amor, te debemos unos tamales).

*Beneficiaria del Sistema Nacional de Creadores de Arte 2021-2024 del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC)

P A
C

W
W
W
.
ligatensa.wordpress
.
C
O
M

Para las composiciones tipográficas se ha colaborado con distintos tipógrafos que han creado y recuperado fuentes a partir de las protestas, manifestaciones y acciones revolucionarias.

Luce Fabri es una tipografía libre, creada por Laura Daviña, homenaje a la anarquista italo-uruguayesa del mismo nombre fue desarrollada para el libro *Fascismo: definición e historia* coeditado por Microutopías y PS_São Paulo.
@lauradavina

RUBEN es una fuente de Tré Seals, tributo a Rubén Salazar, periodista mexicano-estadounidense muerto el 29 de agosto de 1970 por la policía de Los Ángeles durante una marcha del movimiento Chicano en contra de la guerra de Vietnam.
www.vocaltype.co

Les agradecemos su permiso para utilizarlas, su detalle y contundencia en el dibujo de las letras, sus creaciones e investigaciones nos han ayudado a dar cuerpo a nuestros textos.

La manifestación es una presa desbordada, un dique rompiéndose, un susurro enorme que se mueve como el gas, una niebla que, empujada por el viento, aparece y desaparece en donde menos se la espera.

Esta no es una investigación objetiva. Investigamos para salir a la calle, para alimentar las luchas en las que creemos y con las que buscamos cercanía, sabiendo que hay acontecimientos que nos cambian (y nos han cambiado) la vida.

Nuestros cuerpos están empapados de marchas y el tuétano de nuestros huesos convertido en lumbre. Marchamos y escribimos, a veces estos dos caminos se cruzan, a veces no. En estos cuadernos deseamos sumarnos a la protesta desde la escritura y la imagen.

Estas publicaciones derivan a la vez de una investigación colectiva y de una reflexión personal. Cada cuaderno ha sido desarrollado por uno de los integrantes de la Liga Tensa y se enfoca en un aspecto de la protesta: temporalidad, situación y percepción, imaginación, violencia, tácticas creativas.